

Ellen G. White Estate

EL CAMINO A JESÚS

ELLEN G. WHITE

El Camino a Jesús

Ellen G. White

1981

Copyright © 2017

Ellen G. White Estate, Inc.

Información sobre este Libro

Resumen

Este libro electrónico es proporcionado por el Ellen G. White Estate. Está incluido en la colección más amplia y gratuita de Libros en Línea en el sitio web del Ellen G. White Estate.

Acerca de la Autora

Ellen G. White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, habiendo sido publicadas sus obras en más de 160 idiomas. Escribió más de 100,000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como la base de la fe de uno.

Enlaces Adicionales

[Una Breve Biografía de Ellen G. White](#)

[Acerca del Ellen G. White Estate](#)

Acuerdo de Licencia del Usuario Final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso únicamente por usted y para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por este medio.

Información Adicional

Para más información sobre la autora, los editores, o cómo puede apoyar este servicio, por favor contacte al Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Una adaptación al lenguaje actual de *El Camino a Cristo*

(Traducción hecha por software)

Contenido

Prefacio	6
Prólogo	7
Capítulo 1: El amor de Dios por el hombre.....	8
Capítulo 2: La Necesidad que Tiene el Pecador de Cristo	14
Capítulo 3: Arrepentimiento	19
Capítulo 4: La Confesión	30
Capítulo 5: Consagración	34
Capítulo 6: Fe y Aceptación	38
Capítulo 7: La Prueba del Discipulado.....	43
Capítulo 8: Creciendo Hacia Cristo	50
Capítulo 9: La Obra y la Vida	57
Capítulo 10: El Conocimiento de Dios	63
Capítulo 11: El Privilegio de la Oración.....	68
Capítulo 12: Qué Hacer con la Duda	77
Capítulo 13: Regocijarse en el Señor.....	84

Prefacio

El Camino a Jesús, por Elena G. de White. Adaptado de *El Camino a Cristo*. Prefacio a El Camino a Jesús. El Camino a Jesús es una adaptación del libro más popular de Elena G. de White, *El Camino a Cristo*. El libro original ha sido traducido a más de 160 idiomas y ha sido leído por millones de personas en todo el mundo. Esta adaptación permite que el mensaje edificante del libro llegue a un público más amplio, particularmente a los jóvenes. Conserva el pensamiento de la autora, pero reformula las expresiones del siglo XIX en el lenguaje actual. Simplifica el vocabulario y acorta las oraciones largas, siguiendo pautas cuidadosamente establecidas. Con solo unas pocas excepciones, los pasajes de las Escrituras de la Versión Good News Translation (GNT) de la Biblia han reemplazado el texto de la King James Version KJV. Los textos bíblicos acreditados como RSV provienen de la Revised Standard Version, y los pasajes marcados como TLB son tomados de la *The Living Bible*. Aunque esta adaptación de *El Camino a Cristo* está ahora disponible, el libro original sigue siendo la obra estándar. Es nuestra oración que *El Camino a Jesús* traiga una bendición a los lectores de todo el mundo. Que su mensaje lleve a muchos a aceptar a Jesús y a seguirlo siempre como Señor y Salvador.

Los Fideicomisarios del Patrimonio de Elena G. de White.

Prólogo

¿Te has dado cuenta alguna vez de que alguien que creías conocer realmente era en realidad un extraño? ¿Has temido que si te abres a alguien, esa persona no te entendería ni te aceptaría tal como eres? Cada uno de nosotros necesita al menos un amigo con quien sentirse totalmente cómodo. Jesús quiere ser tu mejor amigo. Uno en quien puedas confiar, en quien puedas apoyarte y con quien puedas compartir tu vida. *El Camino a Jesús* te ayudará a desarrollar con él el tipo de relación sólida que nada podrá jamás quebrantar.

Hoy todavía escuchamos las palabras invitantes de Jesús: «Vengan a mí» (Mateo 11:28). Su corazón se conmueve con amor hacia todo aquel que vaga sin rumbo, lejos de Dios. Aquellos que quieren aceptar la invitación de Jesús quizás no sepan cómo dar el primer paso. Como el discípulo de Jesús, Tomás, «pueden preguntar: ¿cómo podemos saber el camino?» (Juan 14:5).

El título de este libro explica su misión. Señala a Jesús como el único que puede satisfacer las necesidades del corazón y proporcionar paz interior. Habla a quienes quieren que sus pecados sean perdonados y su carácter transformado, guiándolos paso a paso por el camino cristiano para encontrar el gozo que proviene de entregarse completamente a Jesús y confiar plenamente en su misericordia y su poder sostenido. También es una ayuda para que innumerables seguidores de Jesús caminen con mayor confianza y gozo en los pasos de su líder divino. Cuando Jacob, el patriarca del Antiguo Testamento, temía que su pecado lo había separado de Dios, «soñó que veía una escalera que llegaba desde la tierra hasta el cielo» (Génesis 28:12). La conexión entre la tierra y el cielo le fue revelada. Así como Dios habló palabras de consuelo y esperanza, que tú también escuches la voz de Jesús, hablándote consuelo y esperanza a través de las páginas de este libro.

Los Fideicomisarios del Patrimonio de Elena G. de White.

Capítulo 1: El amor de Dios por el hombre

Tanto la naturaleza como la Biblia nos hablan del amor de Dios. Nuestro Padre celestial nos da vida, sabiduría y gozo. Mira las cosas maravillosas y hermosas de la naturaleza. Piensa en las muchas maneras en que ellas proveen para las necesidades y la felicidad de todos los seres vivos.

El sol y la lluvia hablan del amor de nuestro Creador. Las colinas, los mares y las llanuras hablan de Él. Él suple las necesidades diarias de cada criatura. En los hermosos Salmos, David escribió acerca de Dios:

«Todos los seres vivos te miran con esperanza,
y tú les das su alimento a su debido tiempo. Les das suficiente
y satisfaces las necesidades de todos» (Salmo 145:15, 16).

Dios hizo a Adán y a Eva perfectamente santos y felices. La tierra era hermosa tal como salió de la mano del Creador. Nada estaba estropeado ni moribundo. Pero Adán y Eva desobedecieron la ley de Dios, su ley de amor. La desobediencia trajo tristeza y muerte. Sin embargo, Dios mostró su amor incluso cuando el pecado estaba causando sufrimiento.

La Biblia dice que Dios maldijo la tierra para el bien de los seres humanos (Génesis 3:17). Permitió que crecieran espinas y malezas. Permitió que las pruebas y las dificultades llenaran la vida de las personas de trabajo y preocupación. Estas dificultades debían ayudar a levantar a hombres y mujeres de la ruina y la vergüenza causadas por el pecado. Pero este mundo pecaminoso no es todo dolor y sufrimiento. La naturaleza misma nos da mensajes de esperanza y consuelo. Las flores crecen entre las malezas, y las rosas cubren las espinas.

El hecho de que «Dios es amor» se muestra en cada flor que se abre y en cada brizna de hierba. Las aves encantadoras que cantan sus alegres canciones nos hablan del tierno cuidado de Dios. Las brillantes flores que perfuman el aire y los

altos árboles verdes del bosque nos recuerdan que Él quiere hacer felices a sus hijos.

La Biblia nos muestra el carácter de Dios. Dios mismo nos ha hablado de su amor eterno y su compasión. Cuando Moisés oró: «Muéstrame tu gloria», el Señor respondió: «Haré pasar toda mi bondad delante de ti» (Éxodo 33:18, 19, KJV). La bondad de Dios es su gloria.

El Señor pasó delante de Moisés y dijo: «Yo, el Señor, soy un Dios lleno de compasión y piedad, que no se enoja fácilmente y que muestra gran amor y fidelidad. Guardo mi promesa por miles de generaciones y perdono la maldad y el pecado» (Éxodo 34:6, 7). Dios es «siempre paciente, siempre bondadoso», mostrándonos Su amor constante (Jonás 4:2; Miqueas 7:18).

Dios ha atraído nuestros corazones a Él por diversos medios. A través de la naturaleza y del amor más profundo y tierno que los corazones humanos puedan conocer, ha tratado de hablarnos de Sí mismo. Sin embargo, estas cosas no muestran perfectamente Su amor.

Aunque Dios nos ha dado todas estas evidencias, Satanás, el enemigo de lo bueno, ha cegado las mentes de las personas, para que miren a Dios con temor y lo consideren duro e implacable. Satanás trata de hacer que la gente piense en Dios como un juez severo sin piedad. Dice que el Creador siempre está observando para que la gente cometa errores y así poder castigarlos. Para mostrarles que esto no es verdad, Jesús vino a vivir en este mundo. Quería que la gente viera el amor infinito de Dios.

El Hijo de Dios vino del cielo para dar a la gente una imagen clara del Padre. «Nadie ha visto jamás a Dios. El Hijo único, que es lo mismo que Dios y está al lado del Padre, lo ha dado a conocer» (Juan 1:18). «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera revelarlo» (Mateo 11:27).

Cuando uno de los discípulos de Jesús dijo: «Muéstranos al Padre», Jesús respondió: «¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y aún no me conoces, Felipe?

El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"?» (Juan 14:8, 9).

Jesús habló de Su obra en esta tierra. Dijo que el Señor «me ha escogido para llevar buenas noticias a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lucas 4:18). Esa era Su obra. Anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que habían sido enfermos por Satanás.

Había aldeas enteras donde no se oía ni un solo gemido de dolor, porque Él había pasado por ellas y había sanado a todos los enfermos.

La obra de Jesús demostró que había sido enviado del cielo. El amor, la misericordia y la compasión se manifestaban en cada acto de Su vida. Su corazón se conmovía con tierno amor por las personas.

El Hijo de Dios se hizo ser humano para poder ayudar a la gente. Los más pobres y humildes no tenían miedo de acercarse a Él. Hasta los niños pequeños querían estar cerca de Él. Les encantaba subirse a Sus rodillas y mirar Su rostro pensativo y amoroso.

Jesús no ocultó ni una sola palabra de verdad, pero siempre habló con amor. Era gentil, bondadoso y considerado con los demás. Nunca fue rudo ni habló con más severidad de lo necesario. Nunca lastimó a nadie. No reprendía a la gente por sus debilidades. Decía la verdad, pero siempre con amor.

Hablaba contra la hipocresía, la incredulidad y el pecado, pero había tristeza en Su voz cuando tenía que hablar con severidad. Jesús lloró sobre la ciudad que amaba, porque no quiso recibirlo como el camino, la verdad y la vida. El pueblo había rechazado a su Salvador, pero Él los miraba con tierna compasión.

Jesús no vivió para complacerse a Sí mismo, sino que tuvo un cuidado considerado por los demás. Cada persona era preciosa ante Sus ojos. Miraba con tierno amor a cada miembro de la familia de Dios. Veía a todos los seres humanos como personas que necesitaban ser salvas.

La vida que Jesús vivió nos muestra Su carácter. Su vida también nos muestra el carácter de Dios. Ríos de amor celestial fluyen del corazón de Dios hacia nosotros a través de Su Hijo. Jesús, el tierno y compasivo Salvador, era Dios, quien «se manifestó en forma humana» (1 Timoteo 3:16).

Jesús vivió, sufrió y murió para salvarnos. Se convirtió en un «Varón de dolores» para que nosotros pudiéramos compartir el gozo eterno. Dios permitió que Su querido Hijo dejara la gloria del cielo y viniera a un mundo arruinado por el pecado. Permitted que viniera a un mundo oscurecido por la sombra de la muerte. Permitted que Su precioso Hijo dejara Su presencia y la adoración de los ángeles. Permitted que sufriera vergüenza, odio y muerte. Pero «por el castigo que sufrió somos sanados, por sus heridas somos hechos completos» (Isaías 53:5).

¡Miren a Jesús en el desierto, en Getsemaní y en la cruz! El perfecto Hijo de Dios tomó sobre Sí mismo el peso del pecado. Había sido uno con Dios, pero en la cruz sintió la terrible separación que el pecado produce entre Dios y el hombre. Eso arrancó de Sus labios el grito de dolor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46). Fue el peso del pecado, su terrible poder para separar al pecador de Dios, lo que le quebrantó el corazón.

Pero el Hijo de Dios no dio Su vida para hacer que Su Padre nos amara. No murió para hacer que Dios estuviera dispuesto a salvar. ¡No, no! «Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo único» (Juan 3:16).

El Padre nos ama no porque Cristo murió por nosotros; dio a Su Hijo para que muriera porque nos amaba. Por medio de Cristo, Dios derramó Su amor infinito sobre un mundo pecaminoso. «Dios estaba haciendo a todos los seres humanos sus amigos por medio de Cristo» (2 Corintios 5:19). Dios sufrió con Su Hijo. En el dolor de Getsemaní y en la muerte de la cruz, Dios pagó el precio para salvarnos.

Jesús dijo: «El Padre me ama porque estoy dispuesto a dar mi vida, para poder recibirla de nuevo» (Juan 10:17). Es decir: «Mi Padre os ha amado tanto que me ama a mí aún más por dar mi vida para redimiros. Morí en vuestro lugar, tomando vuestros pecados. Por haber hecho esto, estoy más cerca de mi Padre

que antes, porque ahora Dios puede ser justo y aun así salvar a los pecadores que creen en mí».

Solo el Hijo de Dios podía salvarnos. Solo Él, que era uno con Dios el Padre, podía hablarnos de Él. Solo Él, que conocía cuán alto y cuán profundo era el amor de Dios, podía mostrarlo. Nada más que el gran sacrificio de Cristo por nosotros podía dar a conocer cuánto ama el Padre a los pecadores.

«Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo único» (Juan 3:16). Dio a Cristo para que viviera entre los hombres, para que tomara sus responsabilidades y sus pecados, y para que muriera por ellos. Dios dio a Su Hijo a este mundo. Al hacerse hombre, Cristo conocería cómo se sentían los seres humanos y qué necesitaban. Era uno con Dios, pero siempre estará unido a la raza humana. «Jesús no se avergüenza de llamarlos su familia» (Hebreos 2:11).

Jesús es nuestro Sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, de pie en forma humana ante el trono de Su Padre. En Su forma humana, será para siempre uno con la raza que ha salvado. Él es el Hijo del hombre. Y hizo todo esto para levantarnos de la ruina del pecado, para que pudiéramos reflejar el amor de Dios y compartir el gozo de una vida piadosa.

Al dar a Su Hijo para que muriera por nosotros, nuestro Padre celestial hizo un gran sacrificio y pagó un alto precio para redimirnos. Un precio tan grande debería ayudarnos a entender lo que Dios espera que lleguemos a ser por medio de Cristo.

El apóstol Juan vio cuán alto, profundo y ancho es el amor de Dios. Juan quiso hablar de ello, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas para describirlo, así que dijo: «¡Miren cuánto nos ha amado el Padre! Su amor es tan grande que somos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1). ¡Qué alto valor nos da esto!

Al pecar, los seres humanos se convirtieron en súbditos de Satanás. Pero por la fe en Cristo y en Su muerte, pueden llegar a ser hijos de Dios. Al tomar la naturaleza humana, Cristo coloca a los pecadores en una posición donde,

mediante su conexión con Él, pueden llegar a ser dignos del nombre de «hijos de Dios».

No hay otro amor como el Suyo. ¡Hijos del Rey celestial! ¡Preciosa promesa! ¡Cuán maravilloso es pensar en el gran amor de Dios por un mundo que no lo amaba!

Pensar en el amor de Dios nos hace sentir muy humildes. Este pensamiento, como se muestra en la muerte de Jesús, debería acercar nuestras mentes a Dios. Cuanto más estudiamos el carácter de Dios y seguimos mirando la cruz, más vemos la misericordia, la ternura y el perdón de Dios. También vemos cuán justo y equitativo es. Vemos Su amor infinito y una tierna compasión que es mucho mayor que la simpatía de una madre por su hijo desobediente.

Capítulo 2: La Necesidad que Tiene el Pecador de Cristo

Adán y Eva fueron creados con mentes perfectas y nobles facultades. Sus pensamientos eran puros y sus propósitos eran santos. Pero cuando eligieron desobedecer a Dios, sus pensamientos cambiaron. El amor propio ocupó el lugar del amor a Dios. El pecado los hizo tan débiles que no podían por sí mismos resistir el poder del mal. Eran esclavos de Satanás y habrían sido esclavos para siempre si Dios no les hubiera dado ayuda.

Satanás quería arruinar el plan que Dios tenía cuando creó a los hombres y las mujeres. Quería llenar el mundo de problemas y muerte. Luego señalaría todo ese mal y diría que Dios tenía la culpa porque había creado a los seres humanos.

Antes de que Adán y Eva desobedecieran a Dios, disfrutaban hablando con Él. Eran felices de estar con Él, porque «Él es la llave que abre todos los tesoros escondidos de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2:3). Pero después de que pecaron, no encontraron felicidad en ser santos, y trataron de esconderse de Dios.

Los pecadores de hoy hacen lo mismo. Porque no aman las cosas que Dios ama, no disfrutan estar con Él ni hablar con Él en oración. Si Dios los dejara entrar al cielo, no serían felices allí. No disfrutarían estar con Dios ni pasar tiempo con los santos ángeles.

El amor desinteresado reina en el cielo. Todos los que estén allí amarán a Dios porque Él los ama. Pero el amor de Dios no encontraría respuesta en el corazón de un pecador. Los pensamientos y los caminos del pecador serían muy diferentes de los de las personas sin pecado que vivirán en el cielo, y sería infeliz. Querría esconderse de Jesús, la luz y el centro del gozo del cielo.

Los pecadores no son excluidos del cielo por una orden divina. Son excluidos por su propia incapacidad para vivir allí. La gloria de Dios sería para ellos un

fuego ardiente. Querrían morir para no tener que ver el rostro de Jesús, que murió para salvarlos.

No nos es posible, por nosotros mismos, escapar del poder del pecado. Nuestros corazones son pecaminosos, y no podemos cambiarlos. «Nada limpio puede salir de algo tan impuro como los seres humanos» (Job 14:4). «Las personas se convierten en enemigos de Dios cuando están controladas por su naturaleza humana; porque no obedecen la ley de Dios, y de hecho no pueden obedecerla» (Romanos 8:7).

La educación, los buenos modales y la fuerza de voluntad tienen su lugar para ayudarnos a hacer lo correcto. Pero no pueden cambiar nuestros corazones ni hacer pura nuestra vida. Solo una nueva vida de lo alto, un poder que obre dentro de nosotros, puede cambiarnos de ser pecaminosos a ser santos. Ese poder es Cristo. Solo Su gracia puede dar vida a nuestras almas muertas y atraernos a Dios y a la santidad.

El Salvador dijo: «De cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3), a menos que uno reciba un corazón nuevo de Dios, con nuevos deseos y propósitos. Algunos creen que solo necesitan desarrollar lo bueno que ya está en ellos. Pero esta idea es errónea y conducirá a la muerte eterna. «El que no tiene el Espíritu no puede recibir los dones que vienen del Espíritu de Dios. Tal persona realmente no los entiende, y le parecen una tontería, porque su valor solo puede juzgarse sobre una base espiritual» (1 Corintios 2:14). Dijo Jesús: «No te sorprendas de que te haya dicho que todos ustedes deben nacer de nuevo» (Juan 3:7).

Está escrito de Cristo: «El Verbo era la fuente de la vida, y esta vida trajo luz a la gente» (Juan 1:4). «En todo el mundo no hay otro que Dios haya dado que pueda salvarnos» (Hechos 4:12).

Vemos la bondad amorosa de Dios y Su compasión paternal. Vemos que Su ley es sabia, justa y recta. Es una ley de amor. Pero no nos basta con ver y saber todo esto. El apóstol Pablo lo sabía cuándo dijo: «Estoy de acuerdo en que la ley es buena»; «La ley misma es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno»

(Romanos 7:16, 12). Pero aunque Pablo sabía esto, se sentía sin esperanza y amargado, y dijo: «Soy un ser mortal, vendido como esclavo al pecado» (versículo 14).

Pablo quería ser puro y estar bien con Dios. Pero al saber que no tenía el poder para cambiarse a sí mismo, clamó: «¡Qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (versículo 24). Este triste clamor ha subido desde corazones atribulados en todos los países y en todos los tiempos. Hay una sola respuesta para todos: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

Dios ha tratado de diversas maneras de hacer clara esta verdad a todos los que quieren ser libres del pecado. Después de que Jacob engañó a su padre y robó la bendición que pertenecía a su hermano Esaú, tuvo que dejar su hogar. Estaba solo y lejos de su familia, pero un pensamiento lo turbaba más que todos los demás: tenía miedo de que su pecado lo hubiera separado de Dios.

Con tristeza, Jacob se acostó en la tierra desnuda para descansar. Colinas solitarias lo rodeaban. Los brillantes cielos estrellados estaban sobre él. Mientras dormía, soñó que veía una luz brillante que resplandecía a su alrededor. Una escalera alta parecía llegar desde donde estaba hasta las mismas puertas del cielo. Los ángeles subían y bajaban por la escalera, y desde la gloria de arriba, Jacob escuchó una voz que hablaba un mensaje de consuelo y esperanza. Este mensaje del cielo satisfizo la necesidad de su corazón. Se le mostró que a través de su Salvador, él, un pecador, podía volver a ser amigo de Dios. Fue feliz y agradecido.

La escalera en el sueño de Jacob representaba a Jesús, quien solo puede unir a Dios y a los hombres. Cristo hablaba del sueño de Jacob cuando le dijo a Natanael: «Verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1:51).

Cuando Adán y Eva pecaron, se apartaron del amor y la amistad de Dios. Se separaron de Él. Ya no podían hablar con Él. Pero por medio de Cristo, la tierra está nuevamente unida al cielo. Jesús construyó un puente entre la tierra y el cielo para que los ángeles puedan ayudar y consolar a las personas. Tomó a los

pecadores, débiles e indefensos, y los puso en contacto con la Fuente del poder infinito.

Necesitamos la ayuda de Dios en todo lo que intentamos hacer. Todo lo que hagamos para ayudar a las personas a vivir mejores vidas será en vano sin la ayuda del cielo. Dios es la única esperanza para los pecadores. «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto» (Santiago 1:17).

Sin Dios no podemos tener un carácter verdaderamente bueno. Y el único camino a Dios es Cristo. Él dice: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6).

Dios tiene un interés profundo en Sus hijos terrenales. Su amor por nosotros es más fuerte que cualquier otro poder. Al entregar a Su Hijo, Dios ha derramado sobre nosotros todo el cielo en un solo don. Jesús vivió y murió, y ahora es nuestro poderoso Sumo Sacerdote. Los ángeles celestiales están trabajando para salvarnos. Un Padre amoroso y el Espíritu Santo están trabajando juntos para nuestra salvación.

¡Dediquemos tiempo a pensar en el gran sacrificio que el Salvador hizo por nosotros! Démosle gracias por toda la obra que el Cielo está haciendo para salvar a los perdidos. Dios está haciendo todo lo que puede para llevarnos de regreso a Su casa.

Para movernos a hacer lo correcto, Cristo ofrece grandes recompensas. Promete felicidad en el cielo, donde para siempre desarrollaremos mente, alma y cuerpo. Disfrutaremos de la compañía de los ángeles y compartiremos el amor de Dios y de Su Hijo. Seguramente estas recompensas son suficientes para hacernos querer entregar nuestro corazón a nuestro Creador y Redentor.

Por otro lado, la Palabra de Dios nos advierte contra servir a Satanás.

Nos dice que el pecado destruye el carácter y trae muerte eterna. Al final del mundo, Dios destruirá todo pecado.

Recordemos la misericordia de Dios. ¿Qué más podría hacer Dios? Pongámonos en la relación correcta con Aquel que nos amó tanto. Aceptemos el

amor de Dios y el camino por el cual podemos ser transformados a Su semejanza. Entonces seremos amigos de los ángeles celestiales y nos sentiremos en casa con el Padre y el Hijo.

Capítulo 3: Arrepentimiento

¿Cómo puede una persona ser puesta en paz con Dios? ¿Cómo puede un pecador ser hecho justo? Solo por medio de Cristo podemos encontrar armonía con Dios y ser santificados. Pero, ¿cómo hemos de venir a Cristo?

Muchas personas están haciendo esta pregunta. Multitudes en el día de Pentecostés vieron cuán pecadores eran. Preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: «¿Qué haremos?» (Hechos 2:37).

Pedro dijo: «Cada uno de ustedes debe apartarse de sus pecados» (versículo 38). Pocos días después respondió la misma pregunta diciendo: «Arrepiéntanse, pues, y conviértanse a Dios» (Hechos 3:19).

Arrepentirse significa estar triste por el pecado y apartarse de él. No renunciaremos al pecado a menos que veamos cuán pecaminoso es. No habrá un cambio real en nuestras vidas hasta que dejemos de amar el pecado y decidamos apartarnos de él.

Muchas personas no entienden realmente el verdadero arrepentimiento. Millones están tristes por haber pecado. Incluso cambian sus caminos, porque temen que su maldad les cause sufrimiento. Pero esto no es verdadero arrepentimiento; no es la clase del que habla la Biblia. Estas personas están tristes porque el pecado puede hacerlas sufrir, pero no están tristes por el pecado en sí mismo.

Esaú estuvo triste por perder para siempre la bendición y las riquezas de su padre a causa de su pecado. Balaam tuvo miedo cuando vio al ángel de pie en su camino con una espada en la mano. Dijo: «He pecado», porque temía perder la vida. Pero no estaba realmente triste por su pecado. No cambió de parecer ni sintió terrible pesar por su plan maligno.

Judas Iscariote vendió a su Señor a los que planeaban matarlo. Entonces clamó: «¡He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente!» (Mateo 27:4). Esta confesión fue arrancada de su corazón culpable por un terrible temor al castigo. Tenía miedo de tener que sufrir por lo que había hecho, pero no sintió

un dolor profundo y desgarrador por vender al perfecto Hijo de Dios para que muriera. No estaba triste por haberse apartado de Jesús, el Santo de Israel.

Cuando Faraón, rey de Egipto, estaba siendo castigado por Dios, estuvo dispuesto a decir que había pecado. Quería escapar de más dolor y pérdida. Pero se volvió contra Dios nuevamente tan pronto como cesó el sufrimiento.

Todos estos hombres estaban tristes de que el pecado hubiera traído malos resultados, pero no estaban tristes por el pecado en sí mismo.

Cuando cedemos a la influencia del Espíritu de Dios, la conciencia es despertada. Empezamos a ver cuán amplia y sagrada es la santa ley de Dios, y que es la base del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Jesús, «la luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Juan 1:9), brilla en los lugares secretos de nuestra mente y saca a la luz los pensamientos ocultos. Vemos cuán justo es Dios, y sentimos miedo de venir, culpables e inmundos, ante el Escudriñador de los corazones. Entonces vemos el amor de Dios, la belleza de Su santidad y el gozo de Su pureza. Deseamos ser purificados para poder ser amigos de Dios nuevamente.

La oración de David después de haber pecado gravemente nos muestra cómo es el verdadero dolor. Su arrepentimiento fue sincero y profundo. No trató de hacer que su mala acción pareciera pequeña. No trató de escapar de las consecuencias de lo que había hecho. David vio que su pecado era grande y que su corazón era impuro. Aborreció su pecado. Oró no solo por el perdón sino por un corazón limpio. Anhelaba el gozo de la santidad: ser restaurado a la armonía con Dios. Escribió: «Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados. Dichoso aquel a quien el Señor no le toma en cuenta su maldad, y en cuyo espíritu no hay engaño» (Salmo 32:1, 2).

«Ten compasión de mí, oh Dios, por tu gran amor; por tu inmensa misericordia, borra mis rebeliones!... Reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado... Lávame de mi maldad y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu... Devuélveme la alegría de tu salvación, y que

un espíritu obediente me sostenga... Líbrame de la muerte, oh Dios, y yo proclamaré con alegría tu justicia» (Salmo 51:1-14).

El arrepentimiento de esta clase está más allá del alcance de nuestro propio poder. Viene solamente de Cristo, quien subió al cielo y nos ha dado dones espirituales.

Muchas personas no entienden el arrepentimiento, por lo que no reciben la ayuda que Cristo quiere darles. Piensan que no pueden venir a Cristo a menos que primero se arrepientan. Creen que el arrepentimiento prepara el camino para el perdón de sus pecados.

Es cierto que una persona debe arrepentirse antes de ser perdonada, porque solo cuando uno está verdaderamente triste por su pecado sentirá la necesidad de un Salvador. Pero, ¿debe el pecador esperar hasta haberse arrepentido antes de poder venir a Jesús? ¿Debe la necesidad del arrepentimiento mantener al pecador alejado del Salvador?

La Biblia no enseña que el pecador deba arrepentirse antes de poder aceptar la invitación de Cristo: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mateo 11:28).

La gracia de Cristo, Su poder, lleva a una persona al verdadero arrepentimiento. Pedro dejó esto claro cuando dijo de Jesús: «Dios lo exaltó a su derecha como Príncipe y Salvador, para darle a Israel el arrepentimiento y el perdón de pecados» (Hechos 5:31), KJV. El Espíritu de Cristo nos guía al arrepentimiento y a ser perdonados por Dios.

Todo deseo correcto proviene de Cristo. Él es el único que puede hacernos aborrecer el pecado. Cada vez que sentimos un deseo de verdad y pureza, cada vez que vemos nuestra propia pecaminosidad, podemos saber que el Espíritu Santo está obrando en nuestros corazones.

Jesús dijo: «Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo» (Juan 12:32). Cristo debe ser mostrado al pecador como el Salvador que murió por los pecados del mundo; y al ver al Hijo de Dios en la cruz del Calvario

comenzamos a entender el plan de Dios para salvarnos. Entonces la bondad de Dios nos guía al arrepentimiento. Cuando Cristo murió por los pecadores, mostró un amor demasiado grande para que lo entendamos. Pero al ver este amor, toca nuestros corazones y afecta nuestras mentes, y nos entristecemos por nuestro pecado.

A veces los pecadores se sienten avergonzados de sus malos caminos y dejan algunos de sus malos hábitos. Hacen esto incluso sin saber que están siendo atraídos a Cristo. Pero cada vez que tratan de cambiar sus caminos porque tienen un deseo sincero de hacer lo correcto, es el poder de Cristo lo que los está moviendo. Su Espíritu está influyendo en sus mentes y ayudándoles a vivir mejores vidas.

Cuando Cristo atrae a los pecadores a mirar Su cruz y ver que sus pecados causaron Su muerte, sus conciencias son perturbadas. Entonces ven cuán terribles son sus pecados. Comienzan a entender algo de la justicia de Cristo. Claman: «¿Qué es el pecado? ¿Por qué tuvo que morir Cristo? ¿Fue requerido todo este amor y sufrimiento para salvar nuestras vidas? ¿Sufrió Él todo esto para que nosotros pudiéramos tener vida eterna?»

El pecador puede resistir el amor de Dios y negarse a ser atraído a Cristo, pero si no resiste, será atraído a Él. Aprenderá sobre el plan de Dios para salvar a los pecadores. Vendrá a la cruz y se arrepentirá de los pecados que causaron los sufrimientos del amado Hijo de Dios.

El mismo Dios que controla la naturaleza habla a los corazones de las personas. Les da un gran deseo por algo que no tienen. Las cosas del mundo no pueden satisfacer este deseo. Dios está diciendo a las personas que encuentren la gracia de Cristo y el gozo de la santidad. Solo estas cosas pueden traer paz y descanso.

Nuestro Salvador está tratando todo el tiempo de apartar las mentes de las personas de los placeres mundanos hacia las bendiciones maravillosas que Cristo puede dar. A estas personas que están tratando de encontrar agua en los pozos

secos del mundo, Él dice: «Venga el que tenga sed; y el que quiera, que tome gratuitamente del agua de la vida» (Apocalipsis 22:17).

Si tienes un deseo por algo mejor de lo que el mundo puede dar, esto es Dios hablándote. Pídele que te dé arrepentimiento y te muestre a Cristo en Su amor infinito y perfecta pureza.

La vida del Salvador hace evidente que la ley de Dios se basa en el amor a Dios y a las demás personas. Ser desinteresado, amoroso y bondadoso fue para lo que Jesús vivió. Así que, al mirar a nuestro Salvador y la luz de Él cae sobre nosotros, vemos cuán pecadores somos realmente.

Podemos sentir, como Nicodemo, que nuestras vidas son buenas y que no necesitamos humillarnos ante Dios como un pecador común. Pero cuando la luz de Cristo brilla en nuestros corazones, vemos que no somos puros. Vemos que somos enemigos de Dios y que cada acto de la vida es egoísta. Cuando veamos Su justicia, sabremos que «aún nuestras mejores acciones están sucias de pies a cabeza» (Isaías 64:6). Solo el sacrificio de Cristo puede quitar nuestros pecados y limpiarnos. Solo Cristo puede cambiar nuestras vidas hasta que seamos como Él.

Un solo rayo de luz de la gloria de Dios muestra cada mancha y debilidad en nuestro carácter. Una breve vista de la pureza de Cristo hace que nuestras vidas parezcan inmundas. Muestra claramente que tenemos deseos malignos, corazones infieles y lenguaje impuro. Vemos que no estamos obedeciendo la ley de Dios. Mientras el Espíritu de Dios escudriña nuestros corazones, nos sentimos infelices con nosotros mismos. Miramos el carácter sin mancha de Cristo y aborrecemos nuestros malos caminos.

El profeta Daniel fue visitado por un ángel del cielo. La gloria brilló alrededor del ángel, y Daniel fue abrumado al pensar en su propia debilidad y falta de perfección. Escribió: «Me quedé sin fuerzas, y mi rostro se demudó hasta quedar irreconocible» (Daniel 10:8).

Cualquier persona que vea esta gloria del cielo aborrecerá su propio egoísmo y amor propio. Buscará la pureza de corazón mediante la justicia de Cristo. Querrá guardar la ley de Dios y tener un carácter semejante al de Cristo.

Pablo escribió sobre su propia justicia: «En cuanto a la justicia que se basa en la ley, fui intachable» (Filipenses 3:6). Cuando solo observaba las palabras de la ley y luego miraba su vida, no podía ver falta en sí mismo. Pero cuando miró el significado profundo de la ley, se vio a sí mismo como Dios lo veía. Se inclinó y confesó su culpa.

Pablo escribió: «Por eso me sentía bien mientras no entendía lo que la ley realmente exigía. Pero cuando aprendí la verdad, me di cuenta de que había quebrantado la ley y era un pecador, condenado a morir» (Romanos 7:9). Cuando Pablo vio cuán santa era la ley, el pecado parecía terrible. Ya no se sentía orgulloso, sino humilde.

Dios no considera todos los pecados igualmente malos. Para Él, como para nosotros, algunos pecados son peores que otros. Pero aunque algunos actos incorrectos nos parezcan pequeños, ningún pecado le parece pequeño a Dios. El juicio humano es a menudo erróneo, pero Dios ve las cosas como realmente son. La gente desprecia a un borracho y dice que su pecado lo mantendrá fuera del cielo. Pero a menudo estas mismas personas no dicen nada contra el orgullo, el egoísmo y la codicia. Sin embargo, estos son pecados que ofenden especialmente a Dios porque son tan diferentes de Su carácter amoroso. El amor desinteresado llena cada corazón en el cielo.

Una persona que comete un gran error y peca puede sentirse avergonzada. Puede sentir que necesita la gracia de Dios. Pero una persona orgullosa no siente necesidad, por lo que cierra su corazón contra Cristo y las bendiciones maravillosas que Él vino a dar.

Jesús contó una vez la historia de un cobrador de impuestos que inclinó la cabeza y dijo: «Dios, ten piedad de mí, que soy pecador» (Lucas 18:13). Se consideraba a sí mismo un hombre malvado, y otras personas lo veían de la misma manera. Pero sintió su necesidad de un Salvador y vino a Dios con su carga de pecado y vergüenza. Pidió la misericordia de Dios. Su corazón estaba abierto para que el Espíritu de Dios entrara y lo liberara del poder del pecado.

Entonces Jesús contó acerca de un fariseo que agradecía a Dios no ser como los demás hombres. La oración del fariseo mostraba que su corazón estaba cerrado contra el Espíritu de Dios. Debido a que estaba muy lejos de Dios, no veía cuán pecador era. No comparaba su vida con la santidad de Dios. No sentía necesidad, y no recibió nada.

Si vemos que somos pecadores, no debemos esperar a hacernos mejores. No debemos pensar que no somos lo suficientemente buenos para venir a Cristo. ¿Podemos esperar mejorar solo con intentarlo, con nuestras propias fuerzas? «¿Puede el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas? Si pudieran, entonces ustedes, que están acostumbrados a hacer el mal, podrían aprender a hacer el bien» (Jeremías 13:23).

Dios es el único que puede ayudarnos. No debemos esperar a que alguien nos ruegue que cambiemos, ni a que tengamos una mejor oportunidad, ni a que controlemos nuestro mal genio. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Debemos acercarnos a Cristo tal como somos.

Nuestro Padre celestial es un Dios de amor y misericordia. Pero no debemos pensar que nos salvará si nos apartamos de su gracia. La cruz de Jesús muestra cuán terrible es el pecado. Cuando la gente dice que Dios es tan bondadoso que no rechaza al pecador, deberían mirar la cruz. Solo mediante el sacrificio de Cristo podemos ser salvos. Sin este sacrificio no podríamos escapar del poder del pecado. Sin él, no podríamos compartir el cielo con los ángeles. Sin él, no podríamos tener vida espiritual.

Para salvarnos, Cristo tomó sobre sí nuestra culpa y sufrió en nuestro lugar. El amor, el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios nos muestran cuán terrible es el pecado. También nos dicen que la única manera de escapar del pecado es acercarse a Cristo. Nuestra única esperanza de vida en el cielo es entregarnos al Salvador.

Los pecadores a veces se excusan diciendo de las personas que afirman ser cristianas: “Soy tan bueno como ellos. No actúan mejor que yo. Aman el placer tanto como yo. Les encanta complacerse a sí mismos”.

De esta manera, los pecadores hacen de las faltas de los demás una excusa para no cumplir con su propio deber. Pero los pecados y las debilidades de los demás no eximen a nadie de responsabilidad, pues el Señor no nos ha pedido que tomemos a los pecadores como ejemplo. El Hijo de Dios, sin mancha, nos ha sido dado como ejemplo. Quienes se quejan de las malas acciones de otros deberían mostrar ellos mismos una mejor manera de vivir. Si saben cómo debe actuar un cristiano, ¿acaso su pecado no es mucho mayor? Saben lo que es correcto, pero se niegan a hacerlo.

No debemos demorar en apartarnos del pecado y acercarnos a Jesús. Debemos buscar un corazón puro a través de Él. Miles y miles de personas han cometido el error de esperar, y les ha costado la vida eterna.

La vida en la tierra es corta y nada segura. No pensamos con la suficiente frecuencia en el terrible peligro de demorar en responder a la voz del Espíritu Santo de Dios. Demorar en obedecer a Dios es, en realidad, elegir vivir en pecado. E incluso los pecados pequeños son peligrosos. Los pecados que no vencemos nos vencerán y nos destruirán.

Adán y Eva se dejaron engañar creyendo que comer del fruto prohibido era un asunto tan insignificante que no podía causar las terribles consecuencias que Dios había anunciado. Pero este asunto “pequeño” era desobedecer la ley santa e inmutable de Dios. La desobediencia separó a la humanidad de Dios y permitió que el dolor y la muerte entraran en el mundo. Siglo tras siglo, un lamento incesante se ha elevado desde la tierra. El mundo entero sufre porque el hombre desobedeció a Dios. El mismo cielo ha sentido las consecuencias. Cristo tuvo que morir en el Calvario porque el hombre quebrantó la ley divina. Nunca consideremos el pecado como algo insignificante.

Cada pecado, cada alejamiento de la gracia de Dios, endurece nuestros corazones. Nos lleva a tomar malas decisiones. Nos impide comprender el amor de Dios. El pecado nos hace menos dispuestos a obedecer, menos capaces de someternos al Espíritu Santo de Dios.

Muchas personas saben que están obrando mal, pero no cambian su comportamiento. Creen que pueden cambiar cuando quieran. Piensan que pueden apartarse de Dios una y otra vez y aun así escuchar su llamado a la misericordia. Siguen a Satanás, pero planean volverse rápidamente a Dios si les sucede algo terrible. Pero esto no es fácil. El pecado cambia los deseos y hábitos de una persona.

Una vez que el pecado ha moldeado nuestro carácter, pocos desean ser como Jesús. Incluso un solo defecto o un deseo pecaminoso al que no renunciemos acabará impidiendo que el poder del evangelio nos transforme.

Cada vez que cedemos ante Satanás, nos alejamos más de Dios. Una persona que finalmente no escucha ni obedece la palabra de Dios está cosechando las consecuencias de sus propias decisiones. En la Biblia leemos la sabia pero terrible advertencia de Salomón sobre jugar con el mal. Él escribió: «Los pecados de los impíos son una trampa. Quedan atrapados en la red de su propio pecado». Proverbios 5:22.

Cristo está dispuesto a liberarnos del pecado, pero no nos obliga a dejar de pecar y elegir su camino. Si no deseamos ser libres, si no aceptamos su gracia, ¿qué más puede hacer? Nos destruiremos a nosotros mismos al apartarnos de su amor. Pablo escribió: «¡Escuchen! Esta es la hora de recibir el favor de Dios. ¡Hoy es el día de ser salvos!». «Si hoy oyen la voz de Dios, no sean tercos». 2 Corintios 6:2; Hebreos 3:7, 8.

Dios dijo que la gente «mira la apariencia exterior, pero yo miro el corazón». 1 Samuel 16:7. En nuestros corazones, con todas sus alegrías y tristezas, hay mucho de impuro y deshonesto. Pero Dios conoce nuestros deseos. Él sabe lo que queremos hacer. Debemos acudir a Él, manchados por el pecado, y abrirnos a sus ojos que todo lo ven. Deberíamos decir, como David: «Examíname, oh Dios, y conoce mi mente; pruébame y descubre mis pensamientos. Averigua si hay maldad en mí y guíame por el camino eterno». Salmo 139:23, 24.

Muchos de nosotros aceptamos a Dios con la mente, pero nuestros corazones no cambian. Deberíamos orar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y pon en

mí un espíritu nuevo y fiel». Salmo 51:10. Debemos ser honestos con nosotros mismos. Debemos ser tan sinceros en esto como si nuestras vidas estuvieran en peligro. Es un asunto que debemos resolver entre nosotros y Dios, y que debe resolverse para siempre. La esperanza sin acción no nos salvará.

Debemos estudiar la Palabra de Dios y orar. Su Palabra nos enseña acerca de la ley de Dios. Nos habla de la vida de Cristo y de cómo ser santos. «Esfuércense por vivir una vida santa, porque sin ella nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14). La Palabra de Dios nos hace sentir lo terrible que es el pecado y nos muestra cómo ser salvos. Debemos escucharla y obedecerla, porque es Dios quien nos habla.

Al comprender lo terrible que es el pecado, nos vemos a nosotros mismos tal como somos. Pero no debemos perder la esperanza ni desanimarnos. Cristo vino a salvar a los pecadores. No necesitamos esforzarnos para que Dios sea nuestro amigo y nos ame. Él ya nos ama y está «haciendo amigos a todos por medio de Cristo» (2 Corintios 5:19).

Dios está atrayendo los corazones de sus hijos pecadores hacia sí mismo con su amor tierno. Él es mucho más paciente con nuestras faltas y errores que nuestros padres terrenales. Él quiere salvar a todos sus hijos. Él invita con dulzura y bondad al pecador a venir a Él y al extraviado a regresar. Todas las promesas de Dios, todas sus advertencias, nos hablan de su amor eterno.

A veces Satanás viene a nosotros para decirnos que somos grandes pecadores. Pero cuando viene, debemos mirar a nuestro Redentor y hablar de su poder y bondad. Al mirarlo a Él, Él nos ayudará. Le diremos a Satanás que sabemos que hemos pecado, pero «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». 1 Timoteo 1:15. Podemos ser salvados por su amor perfecto.

Jesús le preguntó a Simón acerca de dos personas que debían dinero. Uno le debía a su amo una pequeña suma de dinero; el otro le debía una suma muy grande. El amo los perdonó a ambos. Cristo le preguntó a Simón cuál de los dos amaría más a su amo. Simón dijo: «Supongo que... será aquel al que más se le perdonó». Lucas 7:43.

Hemos sido grandes pecadores, pero Cristo murió para que pudiéramos ser perdonados. Su invaluable sacrificio vale lo suficiente para pagar por nuestros pecados. Quienes más son perdonados lo amarán más. Estarán más cerca de Él en el cielo y lo alabarán por su gran amor y su infinito sacrificio.

Cuando comprendemos plenamente el amor de Dios, vemos con mayor claridad cuán terrible es el pecado. Cuando vemos hasta dónde se ha inclinado para tocarnos y salvarnos, nuestros corazones se ablandan. Cuando comprendemos algo del sacrificio de Cristo, entonces nos arrepentimos verdaderamente de nuestros pecados y nuestros corazones se llenan de amor por Él.

Capítulo 4: La Confesión

«El que encubre sus pecados no prosperará; más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13).

Las condiciones para recibir la misericordia de Dios son sencillas, justas y razonables. El Señor no nos pide que hagamos algo difícil y doloroso para que nuestros pecados sean perdonados. No necesitamos hacer viajes largos y agotadores. No podemos pagar por nuestros pecados mediante el sufrimiento. Todo aquel que confiesa sus pecados y se aparta de ellos recibirá misericordia.

El apóstol Santiago dice: «Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados» (Santiago 5:16, KJV). Confesamos nuestros pecados a Dios, porque solo Él puede perdonarlos. Confesamos nuestras faltas unos a otros. Si hemos ofendido a un amigo o vecino, debemos admitir la falta, y es su deber perdonar libremente. Entonces debemos pedir a Dios que nos perdone, porque el prójimo pertenece a Dios. Cuando lo lastimamos, pecamos contra su Creador y Redentor.

Llevamos el caso a Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades... sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Él puede lavar cada mancha de pecado.

Debemos humillarnos ante Dios y admitir que hemos pecado. Esta es la primera condición para ser aceptados por Dios. Si no nos hemos arrepentido y humillado, confesando nuestros pecados, no hemos pedido verdaderamente perdón. Si no odiamos nuestros pecados, no deseamos realmente ser perdonados, y no encontramos la paz de Dios.

Si no hemos sido perdonados por nuestros pecados, la única razón es que no estamos dispuestos a humillarnos. No estamos dispuestos a seguir las condiciones establecidas en la Biblia. Dios nos ha dicho cuidadosamente lo que debemos hacer. Debemos abrir nuestro corazón y admitir libremente que hemos pecado. No debemos hacerlo de manera ligera o descuidada. Tampoco debemos

ser obligados a hacerlo. Debemos darnos cuenta de cuán malo es el pecado y odiarlo.

Si confesamos verdaderamente, derramando nuestro corazón ante Dios, Él nos oirá y tendrá compasión de nosotros. El salmista David escribió: «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los de espíritu contrito» (Salmo 34:18, KJV).

La confesión verdadera menciona el pecado. Dice exactamente lo que se hizo. Una persona puede necesitar confesar algunos pecados solo a Dios. O puede necesitar ir a alguna persona y decirle que lamenta haberle hecho daño. Puede necesitar confesar algunos pecados en público. Pero cada vez que una persona confiesa, debe mencionar el pecado del cual es culpable.

En los días de Samuel, el pueblo de Israel no estaba siguiendo a Dios. Habían perdido la fe en Dios y sentían que Él ya no podía guiarlos. No sentían el poder de Dios, ni confiaban en que Él cuidaría de ellos. Se apartaron del gran Gobernante del universo y pidieron un rey como el que tenían las otras naciones.

Dios dio a su pueblo un rey, pero tuvieron muchos problemas. Antes de poder hallar paz con Dios, hicieron esta confesión: «Reconocemos ahora que, además de todos nuestros otros pecados, hemos pecado al pedir un rey» (1 Samuel 12:19). Tuvieron que confesar el pecado exacto que había causado sus problemas. No habían sido agradecidos con Dios por su guía, y esto los había separado de Él.

Dios no puede aceptar nuestra confesión a menos que nos arrepintamos y abandonemos nuestros pecados. Debemos hacer cambios decididos en nuestras vidas. Cuando estamos verdaderamente arrepentidos del pecado, abandonaremos todo lo que no agrada a Dios. La obra que debemos hacer se nos presenta claramente: «Lavaos, limpiaos; quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos. Dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, defended a la viuda» (Isaías 1:16, 17). «Si el impío restituyere la prenda, devolviera lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo maldad, vivirá ciertamente y no morirá» (Ezequiel 33:15).

Pablo dice que se producen cambios cuando una persona se arrepiente: «Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, iqué solicitud ha producido en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué anhelo, qué celo, qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto» (2 Corintios 7:11).

Cuando el pecado embota los sentidos morales, el pecador no ve lo que está mal en su carácter. Sus pecados no le parecen muy malos. Está casi ciego a ellos a menos que el poder del Espíritu Santo abra sus ojos. Una persona que no es guiada por el Espíritu Santo no es sincera ni fervorosa cuando confiesa. Excusa sus pecados. Dice que no habría hecho mal si ciertas condiciones hubieran sido diferentes.

Después de que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, se avergonzaron y tuvieron miedo. Al principio su único pensamiento fue cómo excusar su pecado y escapar de la muerte. Cuando el Señor les preguntó acerca de su pecado, Adán culpó a Dios y a Eva. Dijo: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí». La mujer culpó a la serpiente. Dijo: «La serpiente me engañó, y comí» (Génesis 3:12, 13). Le estaba diciendo a Dios: «¿Por qué hiciste a la serpiente? ¿Por qué la dejaste entrar en el Edén?» Se estaba excusando a sí misma y culpando a Dios por su pecado.

El deseo de excusar los propios pecados viene de Satanás y es compartido por todas las personas. Pero confesar culpando a otro no es el camino de Dios, y Él no lo aceptará.

El verdadero arrepentimiento llevará a una persona a admitir su culpa sin tratar de aparentar inocencia ni de poner excusas. Como el publicano del cual habló Jesús, orará sin siquiera levantar los ojos al cielo: «Dios, ten compasión de mí, pecador». Dios perdonará a aquellos que admiten su culpa, porque Jesús dio su vida para salvar a los pecadores que se arrepienten. Él es el gran Sumo Sacerdote en el cielo.

Leemos en la Biblia acerca de personas que verdaderamente se arrepintieron. Fueron humildes y confesaron sus pecados. No trataron de poner excusas ni de

defender lo que habían hecho. El apóstol Pablo habló de su pecado de tratar de matar a los cristianos. No trató de hacerlo parecer pequeño. Lo presentó tan malo como pudo. Dijo: «Y como los principales sacerdotes me autorizaron, encerré en cárceles a muchos de los santos; y cuando los mataban, yo daba mi voto en contra. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras» (Hechos 26:10, 11). Pablo estaba ansioso por decir: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

Una persona de corazón quebrantado, humillada por el verdadero arrepentimiento, verá cuánto la ama Dios. Comprenderá el costo del Calvario. El pecador que está verdaderamente arrepentido confesará. Vendrá a Dios tan libremente como un hijo viene a un padre amoroso. Juan escribió: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

Capítulo 5: Consagración

La promesa de Dios es: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13).

Debemos dar todo nuestro corazón a Dios, o no podremos ser transformados a su semejanza. Nuestros corazones pecaminosos son diferentes de Dios y naturalmente se apartan de Él. La Biblia describe cómo somos: «muertos espiritualmente»; «vuestro corazón y vuestra mente están enfermos»; «no hay parte sana en vuestro cuerpo» (Efesios 2:1; Isaías 1:5, 6). Los pecadores están sujetos por Satanás. Están en «la trampa del diablo, que los había capturado y los había hecho obedecer su voluntad» (2 Timoteo 2:26).

Dios quiere sanarnos. Quiere ponernos en libertad. Para hacerlo, debe cambiarnos por completo para que tengamos nuevos deseos y hábitos. Pero no puede hacerlo hasta que nos entreguemos completamente a Él.

La batalla contra el yo es la batalla más grande jamás librada. Es difícil para nosotros entregarnos a Dios y permitir que Él controle nuestras mentes. Pero debemos dejar que Dios gobierne, o no podrá hacernos nuevas y santas personas.

Satanás quiere que creamos que seremos esclavos en el reino de Dios, sometiéndonos ciegamente a demandas irrazonables. Dice que Dios nos pide que le obedezcamos sin dar razones para sus mandamientos. Pero esto no es verdad. Servimos a Dios con nuestra razón y también con nuestra conciencia. Dios dice al pueblo que ha creado: «Venid ahora, y razonemos juntos» (Isaías 1:18, KJV). Dios no nos obliga a obedecer. No puede aceptar nuestra adoración a menos que la ofrezcamos libremente y con la mente.

Ser forzados a obedecer a Dios impediría que desarrolláramos nuestras mentes y nuestros caracteres. Seríamos como máquinas, y esto no es lo que nuestro Creador quiere. Él quiere que nosotros, la obra cumbre de la Creación, hagamos el mejor uso posible de nuestras mentes y cuerpos. Nos enseña acerca de las grandes bendiciones que quiere traernos mediante su gracia.

Dios nos invita a entregarnos a Él para que pueda guiarnos y llevar a cabo sus planes para nosotros. Nos da el derecho de elegir lo que hemos de hacer. Podemos elegir ser librados del pecado y participar de la maravillosa libertad que Él da a sus hijos.

Cuando nos entregamos a Dios, renunciamos a todo lo que nos separaría de Él. El Salvador dijo: «Ninguno de vosotros puede ser mi discípulo si no renuncia a todo lo que tiene» (Lucas 14:33). Debemos renunciar a todo lo que aparta nuestro corazón de Dios.

Muchas personas adoran las riquezas. El deseo de riquezas y el amor al dinero los atan a Satanás. Otras desean el honor más que cualquier otra cosa. Quieren que la gente los admire y los alabe. Aún otras desean una vida fácil y egoísta, libre de preocupaciones. Pero debemos apartarnos de todo esto. No podemos pertenecer mitad a Dios y mitad al mundo. Somos hijos de Dios solamente cuando somos enteramente suyos.

Algunas personas dicen que sirven a Dios, pero tratan de obedecer sus leyes sin su ayuda. Por sus propias obras tratan de desarrollar un buen carácter y recibir la salvación. Sus corazones no son conmovidos por el amor de Cristo. Tratan de hacer buenas obras porque piensan que Dios lo exige para que ellos alcancen el cielo. Semejante religión no vale nada.

Cuando Cristo vive en nosotros, seremos llenos de su amor. El gozo de su amistad nos hará querer estar cerca de Él. Pensaremos en Él tanto que olvidaremos nuestros deseos egoístas. El amor a Él guiará cada acción. Si sentimos el amor de Dios, no preguntaremos cuán poco podemos hacer para obedecerle. Trataremos de hacer todo lo que nuestro Redentor quiere. Las personas que dicen ser cristianas y no sienten un profundo amor por Cristo usan palabras sin significado. Seguir a Cristo es un trabajo difícil para ellas.

¿Debemos sentir que es demasiado dar todo a Cristo? Debemos hacernos la pregunta: «¿Qué ha dado Cristo por mí?» El Hijo de Dios dio todo —vida y amor y sufrimiento— para salvarnos. ¿Podemos nosotros, que no valemos este gran amor, retener nuestros corazones de Él?

Cada momento de nuestra vida hemos recibido las bendiciones de su gracia. Debido a esto, nunca podremos saber realmente de cuántos problemas hemos sido salvados. ¿Podemos mirar a Aquel que murió por nuestros pecados y apartarnos de semejante amor? Nuestro Señor de gloria se humilló a sí mismo. ¿Nos quejaremos porque debemos luchar contra el egoísmo y ser humildes?

Muchos corazones orgullosos preguntan: «¿Por qué necesito humillarme y arrepentirme de mis pecados antes de estar seguro de que Dios me aceptará?» Os señalo a Cristo. Él fue sin pecado. Él era el Príncipe del cielo, y sin embargo tomó nuestro lugar y cargó con todos nuestros pecados. «Él voluntariamente entregó su vida y compartió la suerte de los malvados. Él tomó el lugar de muchos pecadores y oró para que fueran perdonados» (Isaías 53:12).

¿Qué damos cuando le entregamos todo? Le damos a Jesús un corazón pecaminoso para que Él lo purifique y lo limpie. Le pedimos que nos salve por su amor infinito. Y sin embargo, la gente piensa que es difícil renunciar a todo. Me avergüenzo de oír estas palabras; me avergüenzo de escribirlas.

Dios no nos pide que renunciemos a nada que sea bueno para nosotros conservar. Él piensa en lo que es mejor para nosotros. Desearía que todos los que no han elegido a Cristo pudieran comprender esto. Cristo tiene algo mucho mejor para ellos de lo que ellos podrían pedir para sí mismos. Las personas no son justas consigo mismas cuando van contra lo que Dios quiere.

No podemos encontrar verdadero gozo andando por el camino que Él nos dice que no tomemos. Él sabe lo que es bueno para nosotros, y tiene el mejor plan para cada persona. El camino de desobedecer a Dios es el camino de la infelicidad y de la muerte.

No pienses que a Dios le gusta ver sufrir a sus hijos. Todo el cielo está interesado en nuestra felicidad. Nuestro Padre celestial no nos impide hacer nada que nos traiga verdadero gozo. Nos pide que nos apartemos de los malos hábitos y de otras cosas que nos traerán sufrimiento. Él sabe que nos impedirán la felicidad y el cielo.

El Redentor del mundo acepta a las personas tal como son, con todas sus debilidades y sus muchos defectos. Pero lavará sus pecados y los redimirá mediante su sangre. Satisfará los deseos de todos los que estén dispuestos a llevar su carga y compartir su obra. Quiere dar paz y descanso a todos los que vienen a Él. Les pide que hagan solamente aquellas cosas que conducirán a una gran felicidad. Los que no obedecen no pueden conocer este placer. El verdadero gozo es tener a Cristo, la esperanza de gloria, en la vida.

Muchas personas preguntan: «¿Cómo puedo entregarme a Dios?» Quieren entregarse a Él, pero su fuerza moral es débil. Dudan de Dios y están controlados por hábitos pecaminosos. Sus promesas se rompen fácilmente, como cuerdas de arena. No pueden controlar sus pensamientos ni sus deseos. Debido a que no pueden cumplir sus promesas, pierden la confianza en sí mismos y se preguntan si son sinceros. Sienten que Dios no puede aceptarlos. Pero no deben perder la esperanza.

Todos necesitamos entender el valor de la fuerza de voluntad. El poder de elegir es el poder que gobierna la vida. Todo depende del uso correcto de este poder. Dios ha dado el poder de elegir a cada persona, y es de ellos para que lo usen. No podemos cambiar nuestros corazones. No podemos por nosotros mismos dar nuestro amor a Dios. Pero podemos elegir servirle. Podemos darle los poderes de nuestra mente. Entonces Él nos ayudará a elegir el camino correcto. Todo nuestro ser será guiado por el Espíritu de Cristo. Amaremos a Dios, y nuestros pensamientos serán como los suyos.

Es correcto que deseemos ser buenos y ser santos. Pero no debemos detenernos allí. Estos deseos no nos ayudarán. Muchas personas se perderán mientras esperan y desean ser cristianas. No llegan al punto de rendir los poderes de la mente a Dios. No eligen ser cristianos.

Un cambio completo puede hacerse en nuestras vidas mediante el uso correcto del poder de elegir. Cuando nos ponemos del lado de Dios, Él nos da su gran poder para sostenernos. Al entregarnos a Dios cada día podremos vivir una vida nueva, la vida de fe.

Capítulo 6: Fe y Aceptación

Cuando el Espíritu Santo de Dios da vida a los poderes espirituales de tu mente, comienzas a ver cuán malo y fuerte es el pecado. Sientes la culpa y el dolor que trae, y lo odias. Sientes que el pecado te ha separado de Dios. Su poder te ha hecho esclavo. Cuanto más tratas de escapar, más sabes que no puedes ayudarte a ti mismo. Ves que tu vida ha estado llena de egoísmo y pecado. Tu corazón es inmundo y tus deseos no son puros. Quieres ser perdonado, ser limpiado, ser puesto en libertad. Pero ¿qué puedes hacer para estar en unidad con Dios y ser semejante a Él?

Necesitas paz: el perdón del cielo, y paz y amor. El dinero no puede comprar esa paz. El estudio no la dará. La mente no puede encontrarla. Ser sabio no la proporcionará. Nunca podrás esperar recibir esta paz por tu propia obra y poder.

Dios te ofrece su paz como un regalo. «¡No os costará nada!» (Isaías 55:1). Es tuya si extiendes tus manos y la tomas. El Señor dice: «Aunque tus pecados sean como la grana, serán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí, serán como blanca lana» (Isaías 1:18). «Os daré un corazón nuevo y una mente nueva» (Ezequiel 36:26).

Has confesado tus pecados y has elegido apartarlos de tu vida. Has decidido entregarte a Dios. Ahora ve a Él y pídele que lave tus pecados. Pídele que te dé un corazón nuevo, una mente nueva. Entonces cree que Él hace esto, porque lo ha prometido. Jesús enseñó esta lección cuando estuvo en la tierra. Debes creer que recibes el don que Dios promete y que es tuyo.

Jesús sanó a los enfermos que tenían fe en su poder. Sanarlos les hizo capaces de ver que Él podía ayudarlos en otras cosas. Los llevó a creer en su poder para perdonar el pecado. Jesús explicó esto cuando sanó a un hombre que estaba demasiado enfermo para levantarse de su camilla. Dijo: «Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados» — dijo entonces al parálítico—: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mateo 9:6).

Juan, el discípulo de Jesús, nos dijo por qué Cristo sanaba a la gente. Escribió: «Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo en él tengáis vida» (Juan 20:31).

Lee las historias de la Biblia acerca de Jesús sanando a los enfermos. De ellas puedes aprender algo de cómo creer en Él para el perdón de los pecados. Vuelve a la historia del enfermo junto al estanque de Betesda. El pobre hombre estaba desvalido. No había caminado durante 38 años. Sin embargo, Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y anda».

El enfermo no dijo: «Señor, si me sanas, obedeceré tu palabra». No, él creyó la palabra de Cristo. Creyó que estaba sanado, y en ese mismo momento trató de caminar. Eligió caminar. Y caminó. Actuó según la palabra de Cristo, y Dios le dio el poder. El hombre fue sanado.

Ahora mírate a ti mismo. Eres un pecador. No puedes hacer nada para quitar tus pecados pasados. No puedes cambiar tu corazón ni hacerte santo. Pero Dios promete hacer todo esto por ti mediante Cristo. Cree esa promesa. Confiesa tus pecados y entrégate a Dios. Elige servirle. Dios cumplirá seguramente su promesa contigo si haces esto. Cuando crees, Dios actúa. Serás limpiado y restaurado, así como Cristo dio al enfermo poder para caminar cuando creyó que estaba sanado. Así es si lo crees.

No esperes a sentir que estás restaurado. Di: «Lo creo. Así es, no porque lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido».

Jesús dijo: «Por eso os digo: todo lo que pidáis en oración, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Hay algo importante que recordar en esta promesa. Debes orar por aquellas cosas que Dios quiere que tengas. Dios quiere librarte del pecado y hacerte su hijo. Quiere darte poder para vivir una vida santa.

Puedes orar por estas bendiciones y creer que las recibes. Entonces puedes dar gracias a Dios porque las has recibido. Puedes ir a Jesús y ser limpiado, y estar delante de la ley de Dios sin vergüenza ni tristeza. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1).

Cuando perteneces a Cristo, no eres tuyo, porque has sido comprado por un precio. «Dios pagó un rescate para salvaros..., y el rescate que pagó no fue meramente oro o plata.... Sino que pagó por vosotros con la sangre vital y preciosa de Cristo, el Cordero de Dios sin pecado y sin mancha.»¹ Pedro 1:18, 19, RVC. Porque crees lo que Dios ha dicho, el Espíritu Santo crea una vida nueva en tu corazón. Eres como un niño que nace en la familia de Dios, y Él te ama tal como ama a su propio Hijo.

Ahora que te has entregado a Jesús, no te vuelvas atrás. No te apartes de Él. Día tras día di: "Soy de Cristo. Me he entregado a Él". Pídele que te dé su Espíritu y te guarde por su gracia. Te hiciste su hijo al entregarte a Dios y creer en Él. Has de vivir en Él de la misma manera. El apóstol Pablo escribió: "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Cristo Jesús, andad en él" (Colosenses 2:6).

Algunas personas sienten que están a prueba y que deben demostrar al Señor que han cambiado antes de poder recibir su bendición. Pero pueden recibir la bendición ahora mismo. Necesitan su gracia, el Espíritu de Cristo, para ayudarlas a vencer sus debilidades. Sin Él no pueden luchar contra el pecado.

A Jesús le encanta que vengamos a Él tal como somos, pecadores, desvalidos y necesitados. Podemos venir, necios y débiles como somos, y caer a sus pies con tristeza por el pecado. Es su gloria poner sus brazos de amor alrededor de nosotros, sanar nuestras heridas y limpiarnos.

Miles creen que Jesús perdona a otras personas, pero no a ellos. No creen lo que Dios dice. Pero toda persona que se arrepiente de verdad puede saber por sí misma que Dios perdona libremente todos y cada uno de sus pecados.

No temas. Las promesas de Dios son para ti. Son para toda persona que se arrepiente de sus pecados. Cristo envía ángeles para traer fuerza y gracia a todo creyente. Incluso las personas más pecadoras pueden ser fuertes, puras y justas al aceptar a Jesús, que murió por ellas. Cristo está esperando para quitarnos nuestras ropas manchadas de pecado y ponernos las ropas limpias y blancas de la justicia. Quiere que vivamos y no que muramos.

Dios no nos trata como los seres humanos se tratan unos a otros. Piensa en nosotros con amor, misericordia y compasión. Dice: "Abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Vuelva al Señor, nuestro Dios, porque él es misericordioso y pronto para perdonar" (Isaías 55:7). "He disipado tus pecados como una nube. Vuelve a mí, porque yo soy el que te salva" (Isaías 44:22).

El Señor dice: "No quiero que nadie muera... Apartaos de vuestros pecados y vivid" (Ezequiel 18:32). Satanás trata de impedir que creas las benditas promesas de Dios. Quiere quitarte toda esperanza y todo rayo de luz. Pero no debes permitir que lo haga. No escuches a Satanás. Dile: "Jesús murió para que yo pudiera vivir. Él me ama y no quiere que yo muera. Tengo un Padre celestial amoroso. Aunque me he apartado de su amor y he desperdiciado sus bendiciones, iré a mi Padre. Diré: 'He pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Trátame como a uno de tus jornaleros'".

Jesús contó la historia de un hijo que había dejado su hogar y de cómo fue recibido cuando decidió regresar. "Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó" (Lucas 15:20).

Esta es una historia hermosa, pero no puede contar plenamente el amor y la compasión del Padre celestial. El Señor dijo por medio de su profeta: "Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia" (Jeremías 31:3). El Padre espera el regreso del pecador incluso mientras el pecador está lejos, desperdiciando su vida y su dinero en un país extraño. Cuando una persona siente el deseo de volver a Dios, es el Espíritu de Dios llamando, tratando de llevar al pecador al corazón amoroso del Padre.

Con las maravillosas promesas de la Biblia ante ti, ¿cómo puedes dudar? ¿Cómo puedes pensar que Jesús no dará la bienvenida al pecador que quiere apartarse de sus pecados? ¡Descarta tales pensamientos! Nada puede dañarte más que creer semejante idea acerca de nuestro Padre celestial.

El Padre aborrece el pecado, pero ama al pecador. Se entregó a sí mismo cuando entregó a Cristo para que todos los que creyeran pudieran ser salvos. Quería que fueran bendecidos para siempre en su reino de gloria.

¿Qué palabras más fuertes o más amorosas podría usar para decirnos cuánto nos ama? Dijo: "¿Acaso olvida la mujer a su niño de pecho, sin tener compasión del hijo de su vientre? Aunque ella lo olvide, yo nunca te olvidaré" (Isaías 49:15).

Mira a Jesús si tienes dudas y temores. Él vive para pedirle a Dios que perdone tus pecados. Agradece a Dios por el regalo de su querido Hijo. Ora para que su muerte por ti no sea en vano. El Espíritu te invita hoy. Ven con todo tu corazón a Jesús y recibe su bendición.

Lee sus promesas. Recuerda que ellas hablan de su amor y su compasión, que son más fuertes de lo que las palabras pueden expresar. El gran corazón de Dios, de infinito amor, se vuelve hacia el pecador con compasión interminable. "En quien tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados" (Efesios 1:7).

Cree que Dios es tu ayudador. Quiere cambiar tu vida, hacerla como su vida perfecta. Acércate a Él mientras confiesas tus pecados y te arrepientes, y Él se acercará a ti con misericordia y perdón.

Capítulo 7: La Prueba del Discipulado

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

Una persona puede no ser capaz de decir el momento o el lugar exacto en que entregó su corazón a Dios. Puede no ver los pasos que lo llevaron a Cristo. Pero esto no prueba que no sea un hijo de Dios. Cristo dijo a Nicodemo: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan 3:8).

No podemos ver el viento, pero podemos ver lo que hace. No podemos ver al Espíritu de Dios mientras obra en el corazón, pero su poder nos trae vida nueva. Ese poder crea una persona nueva a la imagen de Dios. Aunque no podemos ver ni oír la obra del Espíritu, podemos ver lo que Él ha hecho.

Si nuestros corazones han sido cambiados por el Espíritu de Dios, nuestras vidas mostrarán el cambio. No podemos cambiar nuestros corazones ni hacer nuestros caracteres semejantes al de Dios. No debemos confiar en nuestra propia fuerza ni creer que nuestras buenas obras nos salvarán. Pero nuestras vidas mostrarán si tenemos la gracia de Dios en nuestros corazones. Ella cambiará nuestros caracteres, nuestros hábitos y nuestra manera de vivir. Otras personas verán la diferencia entre lo que solíamos ser y lo que ahora somos.

El carácter no se muestra por una sola buena obra ni siquiera por una mala. El carácter se muestra por la manera en que hablamos y actuamos día tras día. Es verdad que podemos actuar correctamente sin el poder de Dios. Podemos hacer el bien para que otros piensen bien de nosotros. Podemos incluso evitar el mal porque queremos parecer correctos ante nuestros amigos. Hasta una persona egoísta puede dar a una buena causa o ayudar al necesitado. ¿Cómo podemos saber entonces de qué lado estamos?

¿A quién pertenecen nuestros corazones? ¿En quién estamos pensando? ¿De quién nos gusta hablar? ¿Quién tiene nuestro amor más cálido y nuestro mejor esfuerzo? Si somos de Cristo, pensamos a menudo en Él, y nuestros

pensamientos más amables son para Él. Hemos puesto a sus pies todo lo que tenemos y somos.

Queremos ser como Él y tener su Espíritu en nosotros. Deseamos seguir su camino y agradarle en todo.

Si nos convertimos en nuevas personas en Cristo Jesús, tendremos los frutos del Espíritu en nuestras vidas. Ellos son "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22, 23). Los seguidores de Cristo ya no actuarán como antes. Seguirán por fe las pisadas de Cristo. Mostrarán su carácter y serán puros, así como Él es puro.

Los que siguen a Cristo amarán las cosas que solían odiar. Odiarán las cosas que solían amar. Los orgullosos se volverán humildes. Los necios se volverán sabios. Los que solían emborracharse permanecerán sobrios. Las personas impuras se volverán puras. Los que amaban las modas orgullosas del mundo las dejarán a un lado.

Los cristianos no tratarán de llamar la atención por la ropa que usan. "Sino el hombre encubierto del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Pedro 3:4).

El verdadero arrepentimiento cambia a la persona. El pecador confesará sus pecados y devolverá lo que ha robado. Amará a Dios y a los demás. Cuando el pecador hace estas cosas, sabrá que ha pasado de muerte a vida.

Cuando venimos a Cristo y aceptamos su perdón y su gracia, el amor se desarrolla en nuestros corazones. Nuestra obra no parece difícil, y lo que Dios nos pide que hagamos se convierte en un placer. El camino que solía ser oscuro se ilumina con los rayos del Sol de Justicia.

La belleza del carácter de Cristo se verá en sus seguidores. Cristo se deleitaba en hacer lo que su Padre le pedía. El amor a Dios era el poder que guiaba la vida de nuestro Salvador. El amor hacía que todos sus actos fueran bondadosos y hermosos.

El amor viene de Dios. No puede venir de corazones pecadores. Solo se encuentra en corazones donde Jesús vive. "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19). En los corazones renovados por la gracia de Dios, el amor es el poder que guía. El amor cambia nuestros caracteres, gobierna nuestros sentimientos y controla nuestros deseos. Expulsa el odio y nos ayuda a ser fieles a quienes amamos. El amor de Dios en nuestros corazones endulza nuestras vidas y tiene una buena influencia en todos los que nos rodean.

Los hijos de Dios necesitan guardarse de dos errores de pensamiento. Las personas que acaban de comenzar a confiar en Dios necesitan especialmente estar atentas a estos. El primero, que ya se ha explicado, es el error de confiar en nuestras buenas obras para acercarnos a Dios. Si tratamos de llegar a ser santos obedeciendo la ley con nuestras propias fuerzas, descubriremos que es imposible. Todo lo que hacemos sin Cristo está estropeado por el egoísmo y el pecado. Solo la gracia de Cristo, mediante la fe, puede hacernos santos.

El segundo error es igualmente peligroso. Es la idea de que no necesitamos guardar la ley de Dios cuando creemos en Cristo. Ya que la gracia de Dios se recibe solo mediante la fe, algunas personas piensan que lo que hacen no tiene nada que ver con su redención.

La Biblia enseña que la obediencia es más que solo hacer lo correcto. Es más que hacer lo que se nos dice que hagamos. La obediencia es el servicio del amor. La ley de Dios nos muestra cómo es Él. El amor es el centro mismo de la ley. El gobierno de Dios en el cielo y en la tierra está construido sobre su ley de amor.

¿No se cumplirá la ley de Dios en nuestras vidas si somos como Él? Cuando el amor está en nuestros corazones y cuando nos volvemos como nuestro Creador, Dios cumple su promesa: "Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón" (Hebreos 10:16).

Si la ley está escrita en el corazón, ¿no moldeará la vida? La obediencia es una señal verdadera del amor. También es la señal de que somos seguidores de Dios. La Biblia dice: "Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos". "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y

la verdad no está en él" (1 Juan 5:3; 2:4). La fe no nos excusa de obedecer la ley. Mediante la fe, y solo mediante la fe, participamos de la gracia de Cristo. Y la gracia hace posible que obedezcamos su ley.

No ganamos la salvación obedeciendo la ley de Dios. La salvación es el regalo gratuito de Dios, y la recibimos por fe. Pero la obediencia es el fruto de la fe. "Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido" (1 Juan 3:5, 6). Esta es la verdadera prueba.

Cuando vivimos en Cristo y su amor vive en nosotros, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos estarán de acuerdo con lo que su santa ley nos muestra que Dios quiere que hagamos. "Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo" (versículo 7).

La santa ley de Dios de los diez mandamientos dada a Israel en el Sinaí nos dice qué es la justicia.

Una fe en Cristo que enseña que no necesitamos obedecer a Dios no es fe verdadera. Está enseñando algo que no es verdad. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe" (Efesios 2:8). "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Santiago 2:17, KJV). Jesús dijo de sí mismo antes de venir a la tierra: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Salmo 40:8).

Antes de que Jesús regresara al cielo después de estar en la tierra, dijo: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Juan 15:10). La Biblia dice: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos". "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:3, 6). "Porque para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pedro 2:21).

El plan por el cual Dios nos da vida eterna ha sido siempre el mismo. Sigue siendo el mismo que en el Huerto del Edén antes de que Adán y Eva pecaran.

Dios da vida eterna a aquellos que obedecen Su ley perfectamente, a aquellos que tienen justicia perfecta.

La vida eterna no puede ser dada por ningún otro plan, porque entonces la felicidad de toda la creación estaría en peligro. El pecado continuaría para siempre. El sufrimiento y la infelicidad nunca terminarían.

Fue posible para Adán, antes de pecar, formar un carácter justo obedeciendo la ley de Dios. Pero Adán no lo hizo. Debido a su pecado, todos somos pecadores, y no podemos hacernos justos a nosotros mismos. Porque somos pecaminosos e impuros, no podemos obedecer perfectamente la ley de Dios. No tenemos justicia propia para hacer lo que la ley de Dios requiere.

Pero Cristo ha hecho un camino de escape para nosotros. Él vivió en la tierra, enfrentando el mismo tipo de pruebas y tentaciones que nosotros tenemos que enfrentar. Vivió una vida sin pecado. Murió por nosotros, y ahora ofrece tomar nuestros pecados y darnos Su justicia.

Podemos entregarnos a Él y aceptarlo como nuestro Salvador. Entonces, no importa cuán pecaminosas hayan sido nuestras vidas, somos contados como justos por causa de Él. El carácter de Cristo ocupará el lugar de nuestros caracteres. Somos aceptados por Dios como si no hubiéramos pecado.

Más que esto, Cristo cambia nuestros corazones. Él vive en nuestros corazones por fe. Debemos mantenerlo en nuestros corazones por fe y permitirle guiar todas nuestras decisiones. Mientras hagamos esto, Él obrará en nosotros y haremos lo que Le agrada. Podemos entonces decir: «Esta vida que ahora vivo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2:20).

Jesús dijo a Sus discípulos: «Las palabras que hablaréis no serán vuestras; vendrán del Espíritu de vuestro Padre que habla por medio de vosotros» (Mateo 10:20). Entonces, con Cristo obrando en nosotros, actuaremos como Él actuaría y haremos Sus buenas obras. Nuestras vidas mostrarán obediencia, las obras de la justicia.

Como ven, no tenemos nada de qué estar orgullosos ni razón para alabarnos a nosotros mismos. Nuestra única esperanza está en la justicia de Cristo, que Dios cuenta como nuestra, y en esa justicia que Su Espíritu obra en nosotros y por medio de nosotros.

Debemos entender el verdadero significado de la fe. Cuando creemos lo que ya sabemos que es verdad, no estamos mostrando fe. Sabemos que Dios vive. Creemos en Su poder. Sabemos que Su Palabra es verdadera. Hasta Satanás y sus ángeles saben y creen estas cosas. La Biblia dice que «los demonios también creen, y tiemblan» (Santiago 2:19, KJV). Pero esto no es fe.

Tenemos fe cuando no solo creemos la Palabra de Dios, sino que Le pedimos que guíe todas nuestras decisiones. Mostramos nuestra fe cuando Le entregamos nuestros corazones y Lo amamos. Esta clase de fe obra por amor y nos hace puros. Nos transforma hasta que llegamos a ser como Él.

Si nuestros corazones no han sido renovados por Dios, luchamos contra la ley de Dios y no la obedecemos. Pero nuestros nuevos corazones se deleitan en la santa ley. Podemos decir con David: «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día pienso en ella» (Salmo 119:97). Y la justicia de la ley se obra en las vidas de las personas que «viven en unión con Cristo» (Romanos 8:1).

Algunas personas saben que Dios ha perdonado sus pecados, y realmente quieren ser Sus hijos. Pero saben que sus caracteres no son perfectos y que sus vidas tienen muchos defectos. Debido a esto, dudan que el Espíritu Santo haya renovado sus corazones.

A tales personas les diría: «No os desaniméis ni perdáis la esperanza. A menudo tendremos que inclinarnos y llorar a los pies de Jesús porque cometemos errores y no somos perfectos. Sin embargo, no debemos rendirnos. Dios no se aparta de nosotros incluso si somos vencidos por el enemigo. Él no nos deja solos».

Cristo está a la diestra de Dios. Él está pidiendo a Su Padre que nos perdone. Juan, el discípulo muy amado, escribió: «Os escribo esto, hijos míos, para que no

pequéis; pero si alguno peca, tenemos a alguien que intercede ante el Padre en nuestro favor: Jesucristo, el justo» (1 Juan 2:1).

No debemos olvidar estas palabras de Cristo: «El Padre mismo os ama» (Juan 16:27). Él desea traernos de vuelta a Sí mismo. Quiere ver Su propia pureza y santidad reflejadas en nosotros. Si nos entregamos a Él hasta que Jesús venga, Él continuará la buena obra que ha comenzado en nosotros.

Debemos orar con gran deseo. Debemos creer más plenamente. Al comenzar a perder la fe en nuestro propio poder, confiemos en el poder de nuestro Redentor. Alabemos a Aquel que es la luz de nuestras vidas.

Cuanto más nos acercamos a Jesús, más defectos veremos en nuestras propias vidas. Veremos nuestros defectos más claramente al comparar nuestro ser pecaminoso con el Salvador perfecto. Esto mostrará que las falsas ideas de Satanás están perdiendo su poder sobre nosotros y que el Espíritu vivificante de Dios nos está guiando.

El amor profundo por Jesús no puede vivir en nuestros corazones si no sabemos que somos pecadores. Si somos transformados por la gracia de Cristo, admiraremos el santo carácter del Salvador. Si no vemos que somos pecadores, esto muestra que nunca hemos visto la belleza y la perfección de Cristo.

Cuanto menos encontremos que admirar en nosotros mismos, más veremos que admirar en la pureza y belleza infinitas de Cristo. Cuando vemos cuán pecadores somos, nos volvemos a Aquel que puede perdonar. Cuando vemos que no tenemos poder, nos aferramos a Cristo. Entonces Cristo viene con poder para ayudarnos.

Nuestro sentido de necesidad nos impulsa hacia el Salvador y hacia la Palabra de Dios. Cuanto más veamos de Su hermoso carácter, más llegaremos a ser como Él.

Capítulo 8: Creciendo Hacia Cristo

Nuestros caracteres cambian cuando llegamos a ser hijos de Dios. La Biblia habla de este cambio como un nacimiento. También dice que es como el crecimiento de una buena semilla plantada por un agricultor. Se dice que aquellos que acaban de aprender a amar a Cristo son «como niños recién nacidos» (1 Pedro 2:2). Crecerán hasta ser hombres y mujeres en Cristo Jesús. Como la buena semilla plantada en el campo, deben crecer y dar fruto.

Isaías dice que los hijos de Dios «serán como árboles que el Señor mismo ha plantado. Todos harán lo correcto, y Dios será alabado por lo que ha hecho» (Isaías 61:3). Dios nos trae muchas lecciones de la vida natural para ayudarnos a entender las verdades espirituales.

No importa cuán sabios sean los seres humanos, no pueden dar vida ni siquiera a la planta o animal más pequeño. Solo Dios puede dar vida. De la misma manera, solo Dios puede dar vida espiritual a las personas. Una persona debe «nacer de nuevo» (Juan 3:3). No podemos recibir la vida que Cristo da hasta que nacemos de nuevo.

Dios da vida, y luego hace que las cosas crezcan. Él hace que las flores florezcan y que el fruto crezca de las flores. Por Su poder, las semillas se forman en el fruto: «primero aparece el tallo tierno, luego la espiga, y finalmente la espiga llena de grano» (Marcos 4:28).

El profeta Oseas dijo de Israel: «Florecerán como flores... Cultivarán grano y serán fructíferos como una viña» (Oseas 14:5-7). Jesús nos dice que «miréis cómo crecen las flores silvestres» (Lucas 12:27). Las plantas crecen solo al recibir lo que Dios les da. No se cuidan a sí mismas ni se preocupan ni trabajan. Un niño no puede hacerse más alto por su propio poder o por preocuparse. Tampoco podemos crecer en nuestra vida espiritual por preocuparnos o trabajar con nuestras propias fuerzas.

La planta y el niño crecen al recibir lo que necesitan: aire, sol y alimento. Así como estos dones de la naturaleza satisfacen las necesidades de las plantas y los

animales, así también Cristo satisface las necesidades de aquellos que confían en Él.

Cristo es comparado con muchas de las bendiciones de la naturaleza. Él es la «luz eterna» (Isaías 60:19). Él es «sol y escudo» (Salmo 84:11, KJV). Él es como «lluvia en tierra seca» (Oseas 14:5), como lluvia sobre los campos (Salmo 72:6). Él es el agua viva y «el pan de Dios... que descende del cielo, y da vida al mundo» (Juan 6:33, RSV).

Dios dio un regalo maravilloso al mundo: Su Hijo. Este regalo sin igual ha circundado el mundo con gracia, como el aire, que está en todas partes. Es tan real como el aire que respiramos. Si elegimos recibir esta gracia vivificante de Cristo, viviremos y creceremos hasta llegar a ser hombres y mujeres en Cristo Jesús.

La flor se vuelve hacia el sol para recibir sus brillantes rayos. La luz ayuda a la flor a llegar a ser hermosa y perfecta. Así también debemos volvernos a Cristo, el Sol de Justicia. La luz del cielo brillará entonces sobre nosotros, y nuestros caracteres crecerán a Su semejanza.

Jesús nos enseña esta lección cuando dice: «Permaneced unidos a mí, y yo permaneceré unido a vosotros. Una rama no puede dar fruto por sí misma; solo puede hacerlo si permanece en la vid... Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:4, 5). Debemos depender de Cristo para vivir una vida santa, así como las ramas dependen de la vid para crecer. Apartados de Él no tenemos vida. Lejos de Él no tendremos poder para luchar contra el pecado ni para crecer en gracia y santidad. Pero cuando vivimos en Él, crecemos y damos fruto. Seremos como un árbol plantado junto a un río.

Muchas personas piensan que deben hacer alguna parte de la obra solas. Confían en Cristo para el perdón de sus pecados, y luego tratan de vivir una buena vida con sus propias fuerzas. Pero seguramente fracasarán. Jesús dice: «Sin mí nada podéis hacer».

Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad: todo depende de nuestra unión con Cristo. Crecemos en gracia al pasar tiempo con Él, día tras día, hora tras hora. Él no solo crea nuestra fe, sino que la perfecciona.

Cristo debe ser primero, último, y siempre. Él debe estar con nosotros no solo al principio y al final de nuestras vidas, sino en cada paso del camino. David dijo: «Siempre tengo presente la presencia del Señor; Él está cerca, y nada puede sacudirme» (Salmo 16:8).

¿Preguntas: «¿Cómo he de vivir en Cristo?» Vive en Él de la misma manera en que Lo recibiste por primera vez. «Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús como Señor, vivid en unión con él» (Colosenses 2:6). «Mis justos... creerán y vivirán» (Hebreos 10:38). Te entregaste a Dios para pertenecer plenamente a Él, para servirle y obedecerle. Aceptaste a Cristo como tu Salvador. No podías por ti mismo quitar tus pecados ni cambiar tu corazón. Pero habiéndote entregado a Dios, creíste que, por causa de Cristo, Él hizo todo esto por ti.

Llegaste a ser de Cristo por la fe, y has de crecer en Él por la fe. La fe requiere dar y tomar. Da todo a Él: tu corazón, tu mente, tu trabajo. Entrégate a Él para obedecer todo lo que te pide que hagas. Y debes tomar todo. Toma a Cristo, el Bendito, para que viva en tu corazón. Tómallo para que sea tu Fuerza, tu Justicia y tu Ayudador para siempre. Él te dará poder para obedecer.

Entrégate plenamente a Dios cada mañana. Haz de esto tu primera obra. Que esta sea tu oración: «Tómame, oh Señor, como enteramente Tuyo. Pongo todos mis planes a Tus pies. Úsame hoy en Tu servicio. Vive conmigo, y deja que toda mi obra se haga para honrarte».

Cada mañana entrégate a Dios para ese día. Pon todos tus planes delante de Él, y luego lleva a cabo esos planes o abandónalos según Él te guíe. De esta manera puedes entregar tu vida día a día en las manos de Dios. Tu vida será hecha cada vez más semejante a la vida de Cristo.

Una vida en Cristo es una vida de descanso. Puede que no haya sentimientos de gran emoción, pero debe haber una confianza constante y pacífica. Tu esperanza no está en ti mismo. Está en Cristo. Tu debilidad está unida a Su

fortaleza. Tu falta de entendimiento está unida a Su sabiduría. Así que no debes mirarte a ti mismo ni pensar en tus propios sentimientos. Mira a Cristo. Piensa en Su amor y en la belleza de Su carácter perfecto.

Piensa en Cristo y en cómo Se humilló a Sí mismo y vivió para los demás. Piensa en Su pureza, en Su santidad y en Su maravilloso amor. Cuando Lo amas, dependes de Él y copias Sus caminos, serás transformado para ser como Él.

Jesús dice: «Permaneced unidos a mí» (Juan 15:4). Estas palabras transmiten el sentimiento de descanso, confianza y apoyo en Él. Otra vez nos invita: «Venid a mí... y yo os daré descanso» (Mateo 11:28). David tuvo el mismo pensamiento: «Ten paciencia y espera a que el Señor actúe» (Salmo 37:7). E Isaías nos da la invitación de Dios: «Volved y confiad tranquilamente en mí. Entonces seréis fuertes y seguros» (Isaías 30:15).

Cuando Dios habla de descanso, no quiere decir cesar toda obra. La promesa de descanso del Salvador está unida a un llamado a trabajar. «Tomad mi yugo y ponédmelo; ... y hallaréis descanso» (Mateo 11:29). La persona que descansa más plenamente en Cristo estará ocupada trabajando arduamente para Él.

Cuando pensamos en nosotros mismos, nos estamos apartando de Cristo, quien nos da fuerza y vida. Satanás sabe esto, y siempre está tratando de mantener nuestras mentes apartadas del Salvador. Quiere impedirnos vivir y trabajar con Cristo.

Satanás usa los placeres del mundo para tratar de apartar nuestras mentes de Dios. Usa las preocupaciones y las tristezas de la vida. Usa los defectos de otras personas y nuestros propios defectos y debilidades para apartar nuestros pensamientos de Dios. No debemos permitir que Satanás nos engañe con sus planes.

Muchos que realmente quieren vivir para Dios pasan demasiado tiempo pensando en sus defectos. De esta manera, Satanás trata de separarlos de Cristo y espera obtener la victoria. No debemos hacer de nosotros mismos el centro de nuestros pensamientos, ni preocuparnos por si seremos salvos. Pensar en uno mismo aparta nuestras mentes de Dios, quien nos da fuerza. Debemos

entregarnos a Dios y confiar en Él. Debemos hablar y pensar en Jesús, y olvidarnos de nosotros mismos.

Debemos desechar nuestros temores y creer en Dios. Entonces podremos decir con el apóstol Pablo: «Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Esta vida que ahora vivo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2:20).

Dios nos pide que descansen en Él. Él es capaz de guardar lo que le hemos confiado. Si nos dejamos en sus manos, Él nos dará poder por medio de Jesús para asegurar que ganemos la batalla contra Satanás.

Cuando Cristo se hizo ser humano, unió a las personas del mundo consigo mismo mediante un vínculo de amor. Este vínculo nunca puede romperse excepto por nuestra propia elección. Satanás siempre está tratando de lograr que elijamos romper este vínculo con Cristo. Necesitamos velar y orar para que nada nos lleve a elegir a otro amo. Siempre somos libres de hacerlo.

Mantengamos nuestros ojos en Cristo, y Él nos sostendrá. Estamos a salvo cuando miramos a Jesús. Nada puede sacarnos de sus manos. Debemos mirarlo todo el tiempo, porque entonces «esa misma gloria, que viene del Señor, ... nos transforma a su semejanza» (2 Corintios 3:18).

Los primeros discípulos se hicieron cada vez más semejantes a Cristo cuando mantenían sus ojos en Él. Cuando escuchaban sus palabras, sentían que lo necesitaban. Lo buscaban, lo encontraban y lo seguían. Estaban con Él en la casa y se sentaban a la mesa con Él. Estaban con Él tanto dentro como fuera. Eran sus alumnos, escuchando cada día sus lecciones de santa verdad. Miraban a Él, como los siervos miran a su amo, para aprender su deber.

Los discípulos de Cristo eran *tan completamente humanos como nosotros* (Santiago 5:17, TLB). Lucharon las mismas batallas contra el pecado. Necesitaban la misma gracia para vivir vidas santas.

Juan, el discípulo muy amado, era el más semejante al Salvador. Pero no tenía naturalmente un carácter encantador. Era egoísta, atrevido y quería honor. A

veces actuaba demasiado rápido, con poca reflexión, y se enojaba cuando no lo trataban bien. Pero cuando el carácter del Divino le fue mostrado, vio sus propios defectos y se sintió muy humilde.

Juan vio la fortaleza y la bondad de Jesús. Vio su poder y su amor. Vio que aunque Jesús era un rey, era humilde. Juan se llenó de amor por el Salvador mientras lo observaba. Día tras día se volvía a Jesús hasta que perdió de vista su propio yo en el amor por su Maestro. Su egoísmo y mal genio cedieron al poder de Cristo, y el Espíritu Santo hizo su corazón como nuevo. El poder del amor de Cristo transformó el carácter de Juan.

Estamos seguros de ser transformados cuando nos unimos a Cristo. Cuando Cristo vive en nosotros, toda nuestra naturaleza es elevada. Su Espíritu, su amor, humilla nuestros corazones y dirige nuestros pensamientos y deseos hacia Dios y el cielo.

Incluso después de que Jesús regresó al cielo, sus seguidores todavía sentían su presencia con ellos. Sentían su amor y su luz. Jesús, el Salvador, había caminado, hablado y orado con ellos. Les había hablado palabras de esperanza y consuelo. Y mientras les daba su mensaje de paz, había sido elevado de ellos al cielo. Mientras la nube de ángeles lo recibía, los discípulos lo habían oído decir: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20, KJV).

Jesús había sido llevado al cielo en forma humana. Los discípulos sabían que su Amigo y Salvador estaba de pie ante Dios. Él todavía los amaba y era uno de ellos. Estaba mostrando a Dios sus manos y pies heridos. Estaba recordando a su Padre el precio que había pagado por aquellos que había redimido. Los discípulos sabían que Jesús había ido al cielo para preparar lugares para ellos. Sabían que volvería y los tomaría consigo.

Los discípulos se reunieron después de que Jesús había regresado al cielo. Estaban ansiosos por orar al Padre en el nombre de Jesús. Con fe y asombro se inclinaron en oración y repitieron la promesa de Jesús: «El Padre os dará todo lo

que le pidáis en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa» (Juan 16:23, 24).

Su fe se fortalecía cada vez más mientras oraban. Razonaron que «Cristo ... fue levantado de la muerte y está a la derecha de Dios, intercediendo por nosotros» (Romanos 8:34).

En el día de Pentecostés, el Consolador vino a ellos. Cristo había prometido que el Espíritu Santo estaría con ellos. Dijo: «Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Ayudador no vendrá a vosotros. Pero si me voy, os lo enviaré» (Juan 16:7).

Por medio del Espíritu, Cristo viviría siempre en los corazones de sus hijos. Estaría más cerca de ellos que cuando estaba en la tierra y podían verlo. Cristo viviendo en ellos brillaría desde ellos en luz, amor y poder. Las personas que veían a los discípulos «se maravillaban... . Se daban cuenta entonces de que habían sido compañeros de Jesús» (Hechos 4:13).

Todo lo que Cristo hizo por sus discípulos, quiere hacerlo por sus hijos hoy. En su última oración con sus discípulos reunidos a su alrededor, dijo: «No ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por su mensaje» (Juan 17:20).

Jesús oró por nosotros y pidió que pudiéramos estar unidos a Él, así como Él está unido a su Padre. ¡Cuán maravilloso es esto! El Salvador dijo de sí mismo: «El Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta» (Juan 5:19). «El Padre, que permanece en mí, él hace las obras» (Juan 14:10).

Si Cristo vive en nuestros corazones, obrará en nosotros para ayudarnos a estar «dispuestos y capaces de obedecer su propio propósito» (Filipenses 2:13). Trabajaremos como Él trabajó y mostraremos su espíritu. Al amarlo y vivir en Él, creceremos «en todo hacia Cristo, que es la cabeza» (Efesios 4:15).

Capítulo 9: La Obra y la Vida

Toda la luz, la vida y el gozo del universo provienen de Dios. Sus bendiciones son como rayos de luz del sol. Fluyen de Él a todas sus criaturas como corrientes de agua de un manantial. Y dondequiera que la vida de Dios esté en los corazones de las personas, fluirá hacia otros en amor y bendición.

El gozo de nuestro Salvador estaba en elevar y redimir a hombres y mujeres pecadores. No trató de salvarse a sí mismo del sufrimiento y la muerte, sino que voluntariamente murió en la cruz. Los ángeles también trabajan por la felicidad de otros seres. Este es su gozo. Las personas egoístas no desean humillarse para ayudar a los pobres, los enfermos, los pecadores. Sin embargo, esta es la obra de los ángeles sin pecado. El amor abnegado de Cristo llena los corazones de todos los que viven en el cielo y es la razón por la que todos allí son tan felices. Los seguidores de Cristo en la tierra tendrán también este amor, y los guiará en su obra.

Cuando tenemos el amor de Cristo en nuestros corazones, como un aroma dulce, no puede ocultarse. Todos los que encontremos sentirán su santo poder. El espíritu de Cristo en nuestros corazones es como un manantial de agua en el desierto. Fluye para bendecir a todos y hace que aquellos que mueren en pecado quieran beber y ser salvos.

El amor a Jesús nos llevará a trabajar como Él trabajó para la bendición y elevación de todas las personas. Su amor nos llevará a ser bondadosos y amorosos. Sentiremos simpatía por todas las criaturas de nuestro Padre celestial.

La vida del Salvador en la tierra no fue fácil. Pero nunca se cansó de trabajar para salvar a las personas perdidas. Vivió una vida abnegada desde su nacimiento hasta su muerte. No trató de estar libre del trabajo duro y los viajes agotadores. Dijo que el Hijo del hombre «no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28). Este era el único gran objetivo de su vida. Todo lo demás era menos importante. Hacer la voluntad de Dios y

terminar su obra era como alimento y bebida para Él. No había ningún pensamiento de sí mismo en su obra.

Si recibimos la gracia de Cristo, también nosotros queremos ayudar a otros. Estaremos dispuestos a dar todo para que aquellos por quienes Cristo murió compartan este don de la gracia. Haremos todo lo posible con nuestras propias vidas para hacer del mundo un lugar mejor. Cualquiera que ame verdaderamente a Dios tendrá este deseo.

Tan pronto como venimos a Cristo, queremos contarles a todos qué querido amigo hemos encontrado en Jesús. La verdad que nos salva y cambia nuestras vidas no puede encerrarse en nuestros corazones. Si hemos recibido el manto de justicia de Cristo, no podemos dejar de contarlo a otros. Cuando estamos llenos del gozo de su Espíritu, debemos compartirlo. Tenemos algo maravilloso que contar porque hemos aprendido que el Señor es bueno.

Cuando Jesús llamó a Felipe para que fuera uno de sus discípulos, Felipe corrió y llamó a un amigo para que viniera a ver a Jesús. Seremos como Felipe cuando encontremos al Salvador. Invitaremos a otros a conocerlo y ver la belleza de Cristo. Les hablaremos del gozo del cielo. Desearemos vivir el tipo de vida que Jesús vivió. Querremos que quienes nos rodean vean «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

Una gran bendición vendrá sobre nosotros cuando tratemos de ser una bendición para otros. Dios quiere que, para nuestro propio bien, tengamos una parte que desempeñar en su plan de redención. Nos da corazones transformados por su Espíritu para que podamos ser sus ayudantes y transmitir a otros las bendiciones que recibimos. Trabajar con Él es el honor más alto y el mayor gozo que Dios puede darnos. Aquellos que hacen esta obra de amor son llevados más cerca del Creador.

Dios podría haber dado a los ángeles celestiales la obra de llevar sus mensajes de amor y esperanza. Podría haber usado otros medios para hacer el trabajo. Pero en su amor infinito, eligió hacernos sus ayudantes. Podemos trabajar con Cristo y

los ángeles y compartir su bendición y gozo. Podemos ser elevados por esta obra abnegada.

Somos llevados a tener simpatía con Cristo cuando sufrimos con Él. Cada vez que ayudamos a otros, nos volvemos más amorosos y nos acercamos más a nuestro Redentor. «Siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros, por su pobreza, fuerais enriquecidos» (2 Corintios 8:9). La vida solo puede ser una bendición real para nosotros cuando hacemos la obra para la que fuimos creados.

Cuando trabajamos para Cristo y llevamos personas a Él, sentiremos la necesidad de conocerlo mejor. Tendremos hambre y sed de justicia y pediremos a Dios su ayuda. Nuestra fe se fortalecerá a medida que aprendamos más sobre la salvación. Las pruebas y las preocupaciones nos harán estudiar nuestras Biblias y orar más. Creceremos espiritualmente, conoceremos mejor a Cristo y tendremos una vida feliz y gratificante.

La obra abnegada por otros ayuda a hacer nuestro carácter semejante al de Cristo. Trae paz y felicidad. Nos da un fuerte deseo de ser más útiles. No habrá lugar en nuestras vidas para la pereza y el egoísmo. Si ejercitamos nuestra fe y otras gracias cristianas, nos volveremos fuertes en nuestra obra para Dios. Veremos la verdad claramente. Nuestra fe seguirá creciendo, y oraremos con mayor poder. El Espíritu de Dios se moverá en nuestros corazones, ayudándonos a desarrollar caracteres que lo honren. Si nos entregamos en servicio abnegado por otros, con toda seguridad estaremos obrando nuestra propia salvación.

La única manera de crecer en gracia es hacer la obra que Cristo nos ha pedido que hagamos. Necesitamos ayudar a otros tanto como podamos, porque ayudar a otros es ejercicio espiritual. Ejercitar el cuerpo hace a una persona fuerte. Si queremos mantener fuerte nuestra vida cristiana, debemos trabajar. Si recibimos las bendiciones de Dios y no hacemos nada, nuestras vidas cristianas no serán sanas ni fuertes.

Recibir sin dar es como tratar de vivir comiendo y no trabajando. Una persona que no usa sus brazos y piernas pronto pierde el poder de moverlos. El cristiano

que no usa los poderes que Dios le da, ya no crece en Cristo. Incluso pierde el poder que ya tiene.

Cristo ha dado a su iglesia el trabajo de llevar al mundo la historia de Jesús y su amor. Contar esta historia es el deber de todos los cristianos. Todos debemos hacer esta obra lo mejor que podamos. Porque el amor de Dios nos ha sido mostrado, tenemos una deuda de transmitirlo a aquellos que no lo conocen. Dios nos ha dado luz, no solo para nosotros mismos sino para darla a otros.

Los seguidores de Dios deben estar despiertos a su deber. Donde hoy solo una persona en tierras lejanas cuenta la historia de Jesús, debería haber miles. Si no podemos ir nosotros mismos, podemos orar por esta obra y mostrar nuestro amor dando dinero. Debería haber mucho más trabajo para otros incluso en los países cristianos.

No todo el trabajo que debe hacerse para Cristo está en tierras lejanas. Nuestro trabajo puede estar justo en el hogar. Podemos hacer nuestro deber para Cristo en el hogar, la iglesia, el vecindario. Podemos trabajar entre amigos y por aquellos con quienes hacemos negocios.

La mayor parte de la vida de nuestro Salvador en la tierra la pasó trabajando en una carpintería en Nazaret. Los ángeles estaban con Él mientras trabajaba y caminaba con sus vecinos que no sabían que Él era el Hijo de Dios. Jesús estaba haciendo fielmente la obra de su Padre mientras trabajaba en el taller, tanto como cuando sanaba a los enfermos. Trabajar como carpintero era tanto su deber como lo era calmar las tormentosas olas de Galilea. Nosotros también podemos estar trabajando con Jesús mientras hacemos nuestros humildes deberes. Podemos caminar con Él dondequiera que estemos.

El apóstol Pablo escribió: «Hermanos míos, cada uno permanezca en comunión con Dios en la misma condición en que fue llamado» (1 Corintios 7:24). Podemos llevar a cabo fielmente nuestros negocios diarios de una manera que traiga gloria a Dios. Si somos verdaderos seguidores de Dios, llevaremos la religión a todo lo que hacemos, y mostraremos a otros el espíritu de Cristo.

La persona que trabaja en una tienda puede mostrar a Cristo a hombres y mujeres. Puede mostrar que es un seguidor de Aquel que caminó entre las colinas de Galilea. Cada cristiano debe trabajar de tal manera que otros, al ver sus buenas obras, sean llevados a dar gloria a su Creador y Redentor.

Muchas personas se han excusado de servir a Cristo porque otros podían hacer el trabajo mejor que ellos. Algunas personas piensan que solo aquellos que tienen habilidades inusuales están obligados a hacer la obra de Dios. Piensan que solo unas pocas personas especiales deben compartir la obra y las recompensas. Pero esto no es lo que Jesús enseñó en la historia que contó. Dijo que el amo de la casa llamó a sus siervos y dio a cada hombre su trabajo.

Podemos hacer los humildes deberes diarios de la vida con un corazón amoroso *«como si... [trabajáramos] para el Señor y no para los hombres»*. (Colosenses 3:23). El amor de Dios se mostrará en nuestras vidas si está en nuestros corazones. La dulce influencia del amor de Cristo estará a nuestro alrededor para levantar y bendecir a otros.

No debemos esperar a que llegue algún momento importante para trabajar para Dios. Tampoco debemos esperar hasta que seamos capaces de hacer una obra mayor. No debemos preocuparnos por lo que la gente pensará de nosotros. Nuestra vida diaria debe mostrar que nuestra fe es pura y sincera. Si la gente ve que queremos ayudarlos, nuestra obra hará algún bien.

El más humilde y el más pobre de los discípulos de Jesús puede ser una bendición para otras personas. Puede que no sepan que están ayudando a alguien. Pero por la forma en que viven, pueden comenzar olas de bendición que se harán cada vez más grandes. Puede que nunca sepan hasta que lleguen al cielo cuánto bien han hecho.

Dios no espera que la gente se preocupe por el éxito. No necesitan sentir ni saber que están haciendo una gran obra. Si hacen tranquila y fielmente el trabajo que Dios les ha dado, sus vidas no serán desperdiciadas.

Las personas que trabajan para Dios llegarán a ser cada vez más semejantes a Cristo, porque son colaboradores con Él. También se están preparando para la obra superior y el gozo puro de la vida venidera.

Capítulo 10: El Conocimiento de Dios

Dios usa muchos medios para darse a conocer a nosotros y acercarnos a Él. Usa la naturaleza, que siempre habla a nuestros sentidos. Si tenemos mentes abiertas, veremos el amor y la gloria de Dios en las cosas que ha hecho. Si escuchamos, oiremos y entenderemos las lecciones que Dios enseña por medio de las cosas de la naturaleza.

Los campos verdes, los árboles altos y las plantas florecidas nos invitan a conocer a Dios. Las nubes y las glorias de los cielos hablan de Él. La lluvia que cae y los arroyos que corren dirigen nuestras mentes hacia Aquel que los hizo todos. Nos invitan a conocerle.

Nuestro Salvador enseñó lecciones preciosas usando las cosas de la naturaleza. Los árboles, las aves y las flores recordaban a la gente estas lecciones. Las colinas, los lagos y el cielo les ayudaban a recordar las verdades que Él enseñaba. Pensaban en sus lecciones incluso cuando estaban trabajando.

Dios quiere que disfrutemos de lo que ha hecho. Quiere que nos deleitemos en la belleza simple y tranquila de la tierra. Dios ama las cosas hermosas, y más que la belleza de la naturaleza, ama un carácter hermoso. Quiere que crezcamos en pureza y sencillez, dos cosas que hacen que las flores sean hermosas.

Si escuchamos, las obras creadas de Dios nos enseñarán lecciones preciosas de confianza y obediencia. Las estrellas siguen su camino sin marcar a través del cielo año tras año mientras obedecen las leyes de Dios. La partícula más pequeña de materia creada también sigue las mismas leyes de Dios.

Dios cuida de todo lo que ha creado y provee lo que cada cosa necesita. Sostiene los mundos en el espacio, aunque hay más de los que podemos contar. Al mismo tiempo, cuida del pájaro más pequeño que canta su humilde canción sin temor.

Nuestro Padre celestial observa tiernamente a todos nosotros. Nos ve cuando vamos a trabajar y nos oye cuando oramos. Nos ve cuando nos acostamos por la noche y cuando nos levantamos por la mañana. Sabe cuándo un hombre rico

festeja en su palacio. Observa mientras un hombre pobre reúne a sus hijos alrededor de su mesa con solo un poco de comida en ella. Dios nota todas las lágrimas y ve todas las sonrisas.

Si creemos que Dios se preocupa, no tendremos preocupaciones innecesarias. Nuestras vidas no estarán tan llenas de tristeza como lo están ahora. Todo, grande o pequeño, será dejado en las manos de Dios. Él sabe cómo resolver nuestros muchos problemas, y es lo suficientemente fuerte para soportar todas nuestras preocupaciones. Podemos disfrutar de paz mental por primera vez.

Nuestros sentidos se deleitan en la belleza de esta tierra. Piensa, entonces, en el mundo venidero que nunca conocerá la tristeza del pecado ni de la muerte. Nada envejecerá ni morirá. Piensa en el hogar amado de los salvos que será más glorioso de lo que podemos imaginar.

En los muchos dones de Dios en la naturaleza vemos solo un poco de su gloria. La Biblia dice: «Ningún simple mortal ha visto, oído o siquiera imaginado las cosas maravillosas que Dios tiene preparadas para aquellos que aman al Señor» (1 Corintios 2:9, NTV).

Los poetas y las personas que estudian la naturaleza dicen muchas cosas maravillosas sobre su belleza, pero el cristiano disfruta más de la naturaleza. Él ve la obra y el amor de su Padre en cada flor y árbol. Considera las colinas, los ríos y los mares como medios por los cuales Dios muestra su amor por la familia humana.

Dios nos habla en la forma en que dirige nuestras vidas y mediante la influencia de su Espíritu. Podemos encontrar lecciones preciosas en lo que sucede en nuestra vida diaria si nuestras mentes están abiertas para entenderlas. Mientras David pensaba en las escenas de la naturaleza, escribió: «La tierra está llena de la bondad del Señor» (Salmo 33:5, KJV). «Que los sabios consideren estas cosas; que contemplen el amor constante del Señor» (Salmo 107:43).

Dios nos habla en su Palabra, la Biblia. Aquí nos dice algunas cosas más claramente que a través de la naturaleza. Nos habla de su carácter y de cómo trata con la gente. Nos explica que nos ha redimido. La Biblia nos cuenta historias de

personas grandes y buenas que vivieron hace mucho tiempo. Cada uno de ellos era «de la misma clase de persona que nosotros» (Santiago 5:17). Vemos las dificultades que tuvieron. Sufrieron como nosotros. Pecaron como nosotros hemos pecado; pero no se dieron por vencidos. Por la gracia de Dios pudieron vencer. Miramos a estas personas, y nos sentimos animados a seguir intentando vivir como vivió nuestro Salvador. Leemos de la maravillosa manera en que Dios los guio y de la luz, el amor y las bendiciones que disfrutaron. Pudieron hacer una gran obra por la gracia de Dios. Deseamos ser como ellos y caminar con Dios como ellos lo hicieron.

Jesús dijo de las Escrituras del Antiguo Testamento: «Estas mismas Escrituras dan testimonio de mí» (Juan 5:39). Sus palabras son aún más ciertas del Nuevo Testamento. Las Escrituras hablan del Redentor, que es el centro de todas nuestras esperanzas de vida eterna. Toda la Biblia nos habla de Cristo. El primer libro de la Biblia habla de Cristo el Creador. «Sin él no se hizo nada de cuanto existe» (Juan 1:3). El último libro promete: «¡Vengo pronto!» (Apocalipsis 22:20).

Al leer la Biblia aprendemos de su obra y escuchamos su voz. Si realmente queremos conocer al Salvador, estudiaremos la Biblia. Podemos llenar nuestros corazones con las palabras de Dios. Son como manantiales de agua para el sediento. Son como pan del cielo. Jesús dijo: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros». Luego explicó lo que significaban estas palabras: «Las palabras que os he hablado os traen el Espíritu vivificante de Dios» (Juan 6:53, 63). Nuestros cuerpos se edifican de lo que comemos y bebemos. Lo mismo sucede con nuestra vida espiritual. Al pasar tiempo pensando en las palabras de Cristo, creceremos espiritualmente fuertes.

Los ángeles celestiales quieren entender más acerca de por qué Cristo dio su vida para redimir a los pecadores. Los redimidos en el cielo estudiarán acerca del don del Hijo de Dios. Cantarán la canción de la redención por todo el tiempo venidero. ¿No deberíamos pensar cuidadosamente y estudiar estas cosas ahora? La misericordia infinita, el amor y el sacrificio de Jesús son temas para una reflexión profunda. Debemos pensar en el carácter de nuestro querido Redentor y

su obra por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo. Necesitamos considerar la obra de Aquel que vino a salvar a su pueblo de sus pecados.

Nuestra fe y amor crecerán más fuertes cuando pensemos en las cosas celestiales. Nuestras oraciones serán más agradables a Dios porque estarán cada vez más mezcladas con fe y amor. Oraremos con más entendimiento y tendremos mayor confianza en Jesús. Sentiremos diariamente su poder, que es capaz de salvar a todos los que se acercan a Dios por medio de Él.

Cuando pasamos tiempo pensando en nuestro Salvador perfecto, queremos ser cambiados. Tendremos hambre y sed de ser puros como Él es. Cuanto más pensemos en Él, más hablaremos de Él a otros y mejor mostraremos al mundo cómo es Él.

La Biblia fue escrita para todos, no solo para personas bien educadas. Las grandes verdades que nos dicen cómo ser salvos son tan claras como el mediodía. Nadie se perderá excepto aquellos que siguen su propio juicio en lugar del camino que Dios ha mostrado claramente.

No debemos aceptar la palabra de ninguna persona en cuanto a lo que enseña la Biblia. Debemos estudiar la Palabra de Dios por nosotros mismos. Si permitimos que otros piensen por nosotros, nuestras mentes se debilitarán y no podremos hacer un estudio difícil. Pero si estudiamos la Biblia por nosotros mismos, nuestras mentes se fortalecerán. Podremos entender el significado profundo de la Palabra de Dios.

Nada fortalecerá más la mente que el estudio de las Escrituras. Ningún otro libro puede elevar los pensamientos como lo hace la Biblia. Si la Palabra de Dios se estudiara como debiera, la gente tendría mentes más amplias y caracteres más nobles. El estudio de la Biblia ayuda a la persona a tener un propósito en la vida.

No puede venir mucho bien de una lectura descuidada de la Biblia. Podemos leer toda la Biblia y no ver su belleza ni entender su significado profundo. Es mejor para nosotros estudiar un versículo de la Escritura hasta que entendamos lo que significa y lo que nos dice sobre el plan de salvación. Este tipo de estudio nos ayudará más que leer muchas páginas sin ningún propósito real.

Debemos mantener la Biblia con nosotros. Siempre que tengamos tiempo, debemos leerla. Podemos leer un versículo y pensar en él mientras caminamos, fijando las palabras en nuestras mentes.

No podemos entender la Biblia a menos que la estudiemos cuidadosamente y oremos por sabiduría. Algunas partes de la Biblia son tan claras que cualquiera puede entenderlas. Pero otras partes necesitan un estudio profundo, comparando algunos versículos con otros.

El estudio cuidadoso de la Biblia y la oración serán ricamente recompensados. Un minero cava profundamente en la tierra para descubrir oro. Así también, una persona debe buscar en la Palabra de Dios como si buscara un tesoro escondido. Él también encontrará riquezas del mayor valor que están escondidas del lector descuidado. Las palabras de la Biblia guardadas en el corazón serán como corrientes de agua que fluyen de Cristo, la Fuente de la Vida.

Debemos orar mientras estudiamos la Biblia. Antes de abrir sus páginas debemos pedir al Espíritu Santo que guíe nuestras mentes, y nuestra oración será contestada. Cuando el discípulo Natanael vino a Jesús, el Salvador dijo: «Aquí hay un verdadero israelita; no hay nada falso en él».

Natanael preguntó: «¿Cómo me conoces?» Jesús respondió: «Te vi cuando estabas debajo de la higuera antes de que Felipe te llamara» (Juan 1:47, 48). Jesús también nos ve en nuestros lugares secretos de oración. Nos ayudará a saber cuál es la verdad si se lo pedimos. Si humildemente pedimos ayuda, los ángeles del cielo estarán con nosotros, guiando nuestros pensamientos.

El Espíritu Santo exalta al Salvador. Su obra es mostrarnos la pureza de la justicia de Cristo y cómo Cristo nos salvará. Jesús dijo: «Él tomará de lo que es mío y os lo hará saber» (Juan 16:14). El Espíritu Santo es el único Maestro verdadero de la verdad divina. ¡Piensa cuánto nos ama Dios! Dio a su Hijo para morir por nosotros, y luego envió a su Espíritu Santo para ser nuestro maestro y guía.

Capítulo 11: El Privilegio de la Oración

Dios nos habla por medio de la naturaleza, la Biblia y la influencia de su Espíritu. También habla por medio de la forma en que nos guía. Pero no es suficiente que Él nos hable a nosotros. Si hemos de tener vida y fuerza espiritual, necesitamos expresarle nuestros deseos y nuestro amor.

Nuestras mentes pueden ser atraídas hacia Él. Podemos pensar en sus obras, sus misericordias y sus bendiciones. Pero esto no es en el sentido más pleno compartir nuestros pensamientos y sentimientos con Él. Debemos tener algo que decirle acerca de nuestras alegrías y tristezas, de nuestra vida diaria.

La oración es la apertura del corazón a Dios como a un amigo. Por supuesto, no necesitamos contarle a Dios acerca de nosotros mismos, porque Él ya lo sabe todo. Pero oramos para ayudarnos a conocerle y poder recibirle. La oración no trae a Dios hacia nosotros; nos lleva a nosotros hacia Él.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, enseñó a sus discípulos cómo orar. Les dijo que presentaran sus necesidades diarias ante Dios y que pusieran todas sus preocupaciones sobre Él. Y prometió que sus oraciones serían escuchadas. Esta promesa también es para nosotros.

Jesús oraba a menudo. Se hizo uno de nosotros cuando estuvo en la tierra. Sus necesidades eran las mismas que las nuestras, y pidió a su Padre fuerza para enfrentar los deberes de cada día. Sabía que necesitaba la ayuda de Dios para llevar a cabo su obra. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas.

Jesús compartió nuestras debilidades, porque fue «tentado en todo según nuestra semejanza» (Hebreos 4:15, KJV). Pero Él fue sin pecado y se apartó del mal. Soportó el dolor y la tortura de la tentación. Aunque era divino, también era humano y necesitaba orar como nosotros. Tenía el derecho de pedir a su Padre las cosas que necesitaba. Le daba consuelo y gozo compartir sus pensamientos con su Padre. El Salvador, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de la oración. Cuánto más debemos nosotros, que somos personas débiles y pecadoras, sentir la necesidad de acudir a Dios en oración.

Nuestro Padre celestial espera para darnos su completa bendición. En la oración podemos sentir su amor infinito. ¡Qué maravilla que oremos tan poco! Dios está listo y dispuesto a escuchar la oración sincera del más humilde de sus hijos, pero aun así parece que casi tenemos miedo de decirle lo que necesitamos.

¿Qué deben pensar los ángeles del cielo de los pobres y débiles seres humanos que son tentados a pecar y sin embargo no piden ayuda? El corazón de Dios, de amor infinito, está listo para darles más de lo que pueden pedir o pensar. Sin embargo, oran tan poco y tienen tan poca fe. Los ángeles aman inclinarse ante Dios; aman estar cerca de Él. Su mayor gozo es compartir su tiempo y sus pensamientos con Él. Las personas de la tierra necesitan la ayuda que solo Dios puede dar. Sin embargo, parecen dispuestas a vivir sin sentirle cerca y sin la luz de su Espíritu.

La oscuridad de Satanás, el maligno, rodea a aquellos que no oran. El enemigo los lleva al pecado porque no se encuentran con Dios en la oración. ¿Por qué los hijos e hijas de Dios deberían ser lentos para orar? Dios tiene un gran almacén de bendiciones, y la oración es la llave en la mano de la fe que abre el almacén del cielo.

A menos que oremos con frecuencia, corremos el peligro de volvernos descuidados. Podemos ser llevados a apartarnos del camino correcto. Satanás siempre está tratando de bloquear el camino hacia Dios. No quiere que recibamos gracia y poder a través de la oración para resistir el mal.

Podemos esperar que Dios responda nuestras oraciones, pero debemos cumplir ciertas condiciones. Una de las primeras condiciones es que debemos sentir nuestra necesidad de ayuda de Él. Él ha prometido: «Daré agua al suelo sediento y haré que fluyan arroyos en la tierra seca» (Isaías 44:3). Aquellos que tienen hambre y sed de la justicia de Dios serán saciados. El corazón debe estar abierto a la influencia del Espíritu, o sus bendiciones no pueden ser recibidas.

Necesitamos la ayuda de Dios. Él lo sabe y quiere dárnosla, pero debemos pedírsela. Él dice: «Pedid, y recibiréis» (Mateo 7:7). Pablo escribió que «Dios... no se reservó ni siquiera a su propio Hijo, sino que lo ofreció por todos nosotros.

Si nos dio a su Hijo, ¿no nos dará también gratuitamente todas las cosas?» (Romanos 8:32).

El Señor no nos escuchará si nos aferramos a algún pecado conocido. Pero Él siempre escucha las oraciones de una persona que se arrepiente del pecado. Cuando todos los errores conocidos son corregidos, podemos creer que Dios responderá nuestras oraciones. Nuestra propia bondad jamás hará que Dios nos ame. Es la bondad de Jesús la que nos salvará; es su sangre la que nos limpiará. Sin embargo, tenemos una obra que hacer para cumplir las condiciones de ser aceptados.

También necesitamos fe cuando oramos. «Sin fe es imposible agradar a Dios, porque todo el que se acerca a él tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan» (Hebreos 11:6). Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando oren y pidan algo, crean que ya lo han recibido, y se les dará todo lo que pidan» (Marcos 11:24). ¿Le tomamos la palabra?

Dios es fiel en cumplir sus muchas promesas. A veces podemos pedir y no recibir de inmediato las cosas que pedimos. Pero todavía debemos creer que el Señor escucha y que responderá nuestras oraciones.

No podemos ver el futuro, y a veces pedimos cosas que no serían una bendición. Nuestro Padre celestial, en su amor, responde nuestras oraciones dándonos lo que es mejor para nosotros. Nos da lo que pediríamos si pudiéramos ver todas las cosas como realmente son.

Debemos aferrarnos a las promesas de Dios incluso cuando parezca que nuestras oraciones no son respondidas. A su debido tiempo recibiremos la bendición que más necesitamos. Pero no podemos exigir que una oración sea respondida exactamente de la manera que deseamos. Dios no comete errores. Él es tan bueno que no nos negará nada que nos ayude. No tengas miedo de confiar en Él, aunque no veas una respuesta de inmediato. Cree en su promesa: «Pedid, y recibiréis» (Mateo 7:7).

Si pensamos en nuestras dudas y temores, crecerán más. Necesitamos acudir a Dios con fe, sintiéndonos indefensos, tal como realmente somos. Debemos con

fe humilde y confiada decirle lo que queremos, aunque Él conoce todas las cosas. Él ve todo en la creación y lo mantiene todo en marcha. Él puede y querrá escuchar nuestra oración y dejar que la luz brille en nuestros corazones.

A través de la oración sincera somos acercados a la mente de Dios. Puede que no tengamos una prueba real de que Él está cerca, pero nuestro Redentor se inclina sobre nosotros con amor y simpatía. Puede que no sintamos su toque, pero su mano está sobre nosotros con amor y tierna compasión.

Debemos tener amor y perdón en nuestros propios corazones cuando acudimos a Dios pidiendo misericordia y bendiciones. Oramos: «Perdónanos las ofensas que hemos cometido, así como nosotros perdonamos las ofensas que otros nos han hecho» (Mateo 6:12). ¿Cómo podemos orar esto si tenemos un espíritu implacable? Debemos perdonar a otros si esperamos que nuestras oraciones sean escuchadas. Seremos perdonados así como perdonamos.

La fidelidad en la oración ha sido establecida como una condición para recibir. Debemos orar siempre si queremos crecer en la fe. Debemos «orar en todo momento» (Romanos 12:12). Pablo escribió: «Sean perseverantes en la oración, vigilando en ella con acción de gracias» (Colosenses 4:2). Pedro dijo a los creyentes que estuvieran «alertas, para poder orar» (1 Pedro 4:7). Pablo les dijo: «No se angustien por nada, sino que en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias» (Filipenses 4:6). Judas dijo: «Pero ustedes, mis amigos, sigan edificándose... oren en el poder del Espíritu Santo, y manténganse en el amor de Dios» (Judas 20, 21).

La oración constante nos permite mantener una relación inquebrantable con Dios, de modo que la vida fluye de Él hacia nosotros. Entonces, la pureza y la santidad regresan a Dios desde nuestras vidas.

Es importante que nada nos impida orar. Debemos mantener abierto el camino entre nosotros y Jesús. Siempre que sea posible, estemos donde la gente ora. Si realmente queremos caminar de cerca con Dios, iremos a la reunión de oración. Estaremos ansiosos por recibir bendiciones espirituales. Nos pondremos donde podamos recibir los rayos de luz del cielo.

Las familias deben orar juntas. Pero orar en privado es importante. Orar a Dios a solas mantiene vivas nuestras vidas espirituales. Es imposible que una vida cristiana esté sana sin oración. La oración familiar y pública no es suficiente. Una persona debe abrir su corazón a Dios a solas en una oración escuchada solo por Él. Ningún otro oído debe escuchar estos deseos secretos.

Estamos libres de otras influencias cuando estamos a solas con Dios. Podemos acercarnos a Él en silencio, y una dulce influencia fluirá de Aquel que ve en secreto. Su oído está abierto para escuchar nuestra oración, mientras con fe tranquila y sencilla compartimos nuestros pensamientos con Él. Recibimos rayos de luz divina para ayudarnos en la batalla contra Satanás. Dios es nuestra torre de fortaleza.

Debemos elevar nuestros corazones a Dios en nuestros hogares y mientras realizamos nuestro trabajo diario. Así fue como Enoc caminó con Dios. Las oraciones silenciosas ascienden a Dios como el humo del incienso fragante. Satanás no puede vencer a una persona que se aferra a Dios en oración.

En cualquier momento o lugar es apropiado ofrecer una oración silenciosa a Dios. Nada puede impedirnos elevar nuestros corazones en oración. Podemos orar cuando estamos en una calle concurrida y cuando estamos realizando nuestros negocios.

Podemos orar como lo hizo el profeta Nehemías. Mientras estaba de pie ante el rey, pidió a Dios que lo guiara. Cualquier lugar donde estemos puede ser un lugar de oración. Podemos mantener la puerta del corazón abierta todo el tiempo, invitando a Jesús a entrar como un huésped celestial.

Puede haber tanta maldad a nuestro alrededor que sintamos que el aire está envenenado, pero podemos respirar el aire puro del cielo. Al elevar nuestros corazones a Dios en oración, cerramos nuestras mentes a pensamientos que no son puros y santos. Cuando nuestros corazones están abiertos para recibir las bendiciones de Dios, nuestros pensamientos estarán en cosas celestiales y nos sentiremos cerca de Dios todo el tiempo.

Necesitamos entender más claramente por qué Jesús se hizo hombre y comprender mejor el valor de la vida eterna. La belleza de la santidad debe llenar los corazones de todos los cristianos. Debemos pedir a Dios que abra nuestros ojos para que podamos ver mejor esta belleza.

Nuestras mentes deben volverse a Dios para que podamos respirar el aire del cielo. Podemos mantenernos tan cerca de Dios que, sin importar lo que suceda, nuestros pensamientos se volverán a Él. Se volverán con la misma facilidad con que la flor se vuelve hacia el sol.

Podemos poner nuestras necesidades, nuestras alegrías, nuestras tristezas delante de Dios. Podemos compartir con Él nuestras preocupaciones y temores. No lo cansaremos. Él es capaz de contar los cabellos de nuestra cabeza y se preocupa por las necesidades de sus hijos. «Porque el Señor es lleno de misericordia y compasión» (Santiago 5:11).

El corazón amoroso de Dios es conmovido por nuestras tristezas e incluso por nuestro contarle acerca de ellas. Podemos llevarle todo lo que nos preocupa. Nada es demasiado grande para que Él lo soporte, porque Él sostiene los mundos y gobierna el universo. Nada de lo que nos sucede es demasiado pequeño para que Él no lo note. Nada en nuestras vidas es demasiado pecaminoso para que Él no lo sepa. Ningún problema es tan grande que Él no pueda resolverlo. Él comparte nuestras alegrías y nuestras preocupaciones. Él escucha cada oración sincera y siempre está listo para responder. «Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas» (Salmo 147:3). Dios conoce perfectamente a su pueblo y trata a cada uno como si no hubiera otra persona por quien hubiera dado a su amado Hijo.

Jesús dijo: «En aquel día pedirán en mi nombre; y no les digo que yo rogaré al Padre por ustedes, porque el Padre mismo los ama» (Juan 16:26, 27). «Yo los elegí a ustedes... Y así, el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre» (Juan 15:16). Jesús nos dice que oremos en su nombre. Pero orar en su nombre significa más que decir su nombre al principio de la oración y otra vez al final.

Significa orar con la mente y el espíritu de Jesús. Significa que creemos sus promesas, dependemos de su gracia y hacemos su obra.

Dios no nos pide que nos apartemos solos y pasemos todo nuestro tiempo orando. Debemos vivir una vida como la que Cristo vivió. Debemos trabajar tanto como orar. Una persona que no hace nada más que orar pronto dejará de orar, o sus oraciones se convertirán solo en un hábito.

Las personas que dejan de ayudar a otros y de hacer su deber cristiano tienen poco por lo cual orar. Cuando no trabajan para el Maestro, que trabajó por ellos, no tienen nada sobre lo cual orar. Sus oraciones son solo para sí mismos. No oran por otras personas ni por fuerza para hacer la obra de Dios.

Perdemos bendiciones cuando no nos reunimos para darnos fuerza y ánimo unos a otros. Comenzamos a olvidar las verdades de la Palabra de Dios y se vuelven menos importantes en nuestras mentes. Nuestras mentes no son tocadas por el Espíritu de Dios y nos volvemos menos espirituales. Perdemos la simpatía unos por otros cuando nos aislamos de los demás. Entonces no estamos haciendo lo que Dios planeó que hiciéramos. Ser amigables nos pone en sintonía con los demás. Nos hace crecer y fortalecernos en el servicio de Dios.

Debemos hablarnos unos a otros del amor de Dios y del plan de salvación. Esto traería nueva vida a nuestros corazones y a los unos de los otros. Aprenderíamos diariamente más acerca de nuestro Padre celestial y recibiríamos más de su gracia. Desearíamos hablar de su amor, y nuestros propios corazones se calentarían y animarían. Tendremos más de la presencia de Cristo cuando pensemos y hablemos de Él y no tanto de nosotros mismos.

Debemos deleitarnos en hablar de Dios y alabarle. Si pensáramos en Él tan a menudo como somos bendecidos, Él estaría siempre en nuestros pensamientos. Hablamos de nuestros negocios porque nos interesan. Hablamos de nuestros amigos porque los amamos. Son parte de nuestras alegrías y nuestras tristezas. Sin embargo, tenemos una razón mucho mayor para amar a Dios que para amar a nuestros amigos terrenales. Si lo hacemos primero en nuestros pensamientos, nos será fácil hablar de su bondad y contar su poder.

Los ricos dones que Dios nos da no se supone que llenen nuestros pensamientos hasta que no tengamos tiempo para Él. Están para recordarnos constantemente de Él y ayudarnos a amarlo más. Miremos al cielo, donde la gloria de Dios brilla desde el rostro de Cristo. «Él puede, ahora y siempre, salvar a los que por medio de él se acercan a Dios» (Hebreos 7:25).

Necesitamos alabar más a Dios «por su bondad, y por sus maravillosas obras para con los hijos de los hombres» (Salmo 107:8, KJV). Nuestras oraciones no deben ser solo pedir y recibir lo que pedimos. No debemos pensar siempre en nuestras necesidades y nunca en nuestras bendiciones. No damos suficientes gracias. Siempre estamos recibiendo las bendiciones de Dios, ¡y sin embargo, ¡qué poco agradecemos! ¡Qué poco lo alabamos por lo que ha hecho por nosotros!

Hace mucho tiempo, el Señor dijo al pueblo de Israel que se reuniera en ciertos tiempos. Dijo: «Allí, en presencia del Señor tu Dios, que te ha bendecido, tú y tus familias comerán y disfrutarán de las cosas buenas que han trabajado» (Deuteronomio 12:7). Cuando hacemos algo para la gloria de Dios, debemos hacerlo con alegría, con cantos de alabanza y regocijo.

Nuestro Dios es un Padre bondadoso y misericordioso. Trabajar para Él debe ser una experiencia feliz. Debe ser un placer adorar al Señor y participar en su obra. Dios nos ha dado la salvación y no quiere que pensemos en Él como un amo duro. Él es nuestro mejor amigo. Y cuando lo adoramos, espera estar con nosotros y bendecirnos. Quiere llenar nuestros corazones de gozo y amor.

El Señor desea que encontremos consuelo en su obra. Quiere que encontremos más placer que dificultad en servirlo. Quiere que nos llevemos pensamientos felices de su amor y cuidado cuando lo adoremos. Estos pensamientos deben traer alegría a nuestro trabajo diario y darnos gracia para ser honestos y fieles.

Debemos hacer de la cruz de Cristo el centro de nuestras vidas. Debemos pensar y hablar de lo que Él hizo por nosotros. Estos pensamientos deben llenarnos de gozo. Debemos tener presentes las bendiciones y el amor que

recibimos de Dios. Debemos estar dispuestos a confiarle todo a Jesús, porque sus manos fueron clavadas en la cruz por nosotros.

La alabanza eleva el corazón más cerca del cielo. Dios es adorado con cánticos y música en el cielo, y cuando alabamos a Dios, lo adoramos como lo hacen los santos ángeles. Él dice: «El sacrificio que me honra es la acción de gracias» (Salmo 50:23). Comparezcamos ante nuestro Creador con santo gozo. Adorémoslo con «acción de gracias y voz de melodía» (Isaías 51:3, KJV).

Capítulo 12: Qué Hacer con la Duda

Muchas personas se sienten tentadas a dudar de que la Biblia sea la Palabra de Dios porque no entienden y no pueden explicar partes de la Biblia. Esto sucede a menudo con aquellos que han sido cristianos por poco tiempo. Satanás trata de sacudir su fe en la Biblia como mensaje de Dios para nosotros. Estas personas preguntan: «¿Cómo sabré cuál es el camino correcto? Si la Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios, ¿cómo puedo librarme de la duda?»

Dios siempre nos da hechos y razones antes de pedirnos que creamos. Sabemos que Él vive porque es el Creador. Nos muestra su carácter por lo que hace por nosotros. Sabemos que su Palabra es verdadera porque las cosas han sucedido tal como Él dijo que sucederían.

Sin embargo, Dios no hace imposible que dudemos. Nuestra fe debe descansar en buenas razones, no en pruebas absolutas. Aquellos que deseen dudar pueden hacerlo. Pero las personas que realmente desean conocer la verdad encontrarán buenas razones para creer. Pueden apoyar su fe en la Palabra de Dios.

Es imposible que nuestras mentes comprendan plenamente el carácter o las obras de Dios. Incluso las personas más brillantes y mejor educadas no pueden comprender plenamente a un Ser tan Santo. Él siempre será un misterio. Job dijo: «¿Puedes descubrir los límites y confines de la grandeza y el poder de Dios? El cielo no es límite para Dios, pero está más allá de tu alcance. Dios conoce el mundo de los muertos, pero tú no lo conoces» (Job 11:7, 8).

El apóstol Pablo escribió: «¡Cuán grandes son las riquezas de Dios! ¡Cuán profundas son su sabiduría y su conocimiento! ¿Quién puede explicar sus decisiones? ¿Quién puede entender sus caminos? Como dice la Escritura: “¿Quién conoce la mente del Señor? ¿Quién es capaz de darle consejo?”» (Romanos 11:33). Aunque «nubes y oscuridad lo rodean; él gobierna con justicia y equidad» (Salmo 97:2).

Al ver cómo Dios trata con nosotros y al tratar de entender por qué nos ha guiado por el camino que lo ha hecho, podemos saber que Él es un Dios de amor, misericordia y poder. Solo podemos entender hasta donde nos conviene saber por qué hace algunas cosas. Debemos confiar en sus amorosas manos para que nos guíen el resto del camino. Su corazón de amor hará lo que sea mejor para nosotros.

La Palabra de Dios, como Aquel que la dio, nunca puede ser plenamente comprendida. No podemos explicar completamente la triste historia de cómo entró el pecado en el mundo. No podemos entender cómo el Hijo de Dios se hizo hombre. Tampoco podemos entender exactamente cómo somos justificados y cómo seremos resucitados de entre los muertos. Pero no debemos dudar de la Palabra de Dios porque no podamos entender algunas cosas que nos cuenta.

En el mundo natural hay muchas cosas que no podemos explicar. Las personas más sabias no pueden comprender plenamente las formas de vida más pequeñas. Por todas partes hay maravillas que no entendemos. ¿Debemos sorprendernos entonces de encontrar cosas en el mundo espiritual que no podemos explicar? Nuestras mentes son demasiado débiles y estrechas para alcanzar estos pensamientos más elevados. Dios nos ha dado suficientes razones para creer que las Escrituras son inspiradas.

El apóstol Pedro habló de las cartas que Pablo había escrito. Dijo: «Hay algunas cosas difíciles de entender en sus cartas, que los ignorantes e inestables tergiversan... Así provocan su propia destrucción» (2 Pedro 3:16). Partes de las Escrituras son difíciles de entender. Debido a estas partes, algunas personas dicen que no creen en la Biblia. Pero las partes difíciles realmente nos muestran que la Biblia proviene de Dios. No podemos entender todo acerca de Dios en la Biblia porque nuestras mentes no son tan grandes como la suya. Su grandeza y bondad no pueden ser plenamente comprendidas por las mentes humanas. La grandiosidad y el misterio de la Biblia deberían ayudarnos a tener fe en ella como la Palabra de Dios. La Biblia nos trae una verdad que satisface las necesidades y deseos de cada corazón. Esta verdad se presenta de una manera tan sencilla e interesante que sorprende y agrada a las mejores mentes. Sin embargo, deja claro

incluso a las personas humildes y sin educación cómo pueden ser salvadas. Estas verdades expresadas con sencillez también abordan temas que son demasiado difíciles para que los entendamos. Las aceptamos solo porque Dios las ha hablado.

El plan de Dios por el cual somos salvados—el plan de la redención—se nos abre en la Biblia. Todos podemos ver los pasos que debemos dar en el arrepentimiento hacia Dios. Se nos muestra la fe que debemos tener en nuestro Señor Jesucristo si queremos ser salvos.

Sin embargo, debajo de estas verdades que se entienden fácilmente hay misterios que requieren mucho estudio. Debemos escudriñar las Escrituras para encontrar respuestas.

Cuando buscamos la verdad sinceramente, somos recompensados con fe y amor por Dios. Cuanto más escudriñamos la Biblia, más seguros estamos de que es la Palabra del Dios vivo. Nos inclinamos ante Aquel que nos ha mostrado estas verdades.

Sabemos que no comprendemos plenamente todas las verdades de la Biblia. Nuestras mentes no pueden abarcar todas las cosas que la mente de Dios entiende. Nuestras débiles mentes humanas no siempre pueden entender la manera en que Dios obra.

Algunas personas dudan de la Palabra de Dios porque los significados no siempre les son claros. Esto es un peligro real incluso para las personas que dicen creer en la Biblia. El apóstol dice: «Amigos míos, tengan cuidado de que ninguno de ustedes tenga un corazón tan malvado e incrédulo que se aparte del Dios vivo» (Hebreos 3:12).

Es correcto estudiar detenidamente las enseñanzas de la Biblia. Es bueno buscar «aun las profundidades ocultas de los propósitos de Dios» (1 Corintios 2:10) tal como se dan en las Escrituras. «Hay algunas cosas que el Señor nuestro Dios ha mantenido en secreto; pero él ha revelado su Ley» (Deuteronomio 29:29).

Satanás trata de que usemos nuestras mentes de la manera equivocada. Cuando algunas personas estudian la Biblia, sienten que deben poder explicar todo lo que dice. Son orgullosas y se sienten infelices cuando llegan a partes que no les son claras. Les humilla decir que no entienden toda la Palabra de Dios. No están dispuestas a esperar hasta que Dios esté listo para mostrarles la verdad. Sienten que su propio entendimiento debería ser suficiente. Cuando no pueden entender algunas partes, dicen que las Escrituras no provienen de Dios.

Muchas ideas que algunas personas dicen que vienen de la Biblia no se encuentran en ella. Estas ideas son muy diferentes de las enseñanzas bíblicas.

Hacen que la gente dude de la Palabra de Dios. Pero no podemos culpar a la Biblia. Debemos culpar al mal uso de la Biblia.

No comprendemos plenamente a Dios y sus obras. Si pudiéramos, no habría más verdad que descubrir. No habría mayor crecimiento del corazón y la mente. Dios ya no sería el primero y sobre todas las cosas. Agradezcamos a Dios que Él es más grande que nosotros.

Dios es infinito. «Todos los tesoros ocultos de la sabiduría y el conocimiento de Dios» están en Él (Colosenses 2:3). En el cielo la gente estará buscando para siempre aprender cuán grande es su bondad. Estarán aprendiendo siempre cuán sabio y poderoso es.

Incluso en esta vida Dios quiere estar abriendo continuamente la verdad de su Palabra a su pueblo. Solo hay una manera en que podemos recibir estas verdades. Solo podemos entender la Palabra de Dios mediante la luz que proviene de su Espíritu. «Solo el Espíritu de Dios conoce todo acerca de Dios». «El Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades ocultas de los propósitos de Dios» (1 Corintios 2:11, 10).

La promesa del Salvador a sus seguidores fue: «Cuando venga el Espíritu, que revela la verdad acerca de Dios, él los guiará a toda la verdad... Él tomará de lo que es mío y se lo declarará a ustedes» (Juan 16:13, 14).

Dios quiere que usemos nuestras facultades de razonamiento. El estudio de la Biblia fortalecerá estas facultades y elevará nuestras mentes como ningún otro estudio puede hacerlo. Sin embargo, debemos tener cuidado de no convertir la razón en un dios, porque puede ser tan débil como la mente o el cuerpo humano.

Debemos tener la fe sencilla de un niño que está listo para aprender. Debemos pedir la ayuda del Espíritu Santo. Entonces tendremos un entendimiento más claro de las verdades de la Biblia.

Nos humillamos cuando nos damos cuenta de cuán sabio es Dios. Su grandeza y poder están más allá de nuestro entendimiento. Debemos abrir su Palabra como si estuviéramos en presencia de Dios mismo. En el estudio de la Biblia, la razón debe ver un poder mayor que ella misma. El corazón y la mente deben inclinarse ante el Dios que se describió a sí mismo como el gran YO SOY.

Muchas cosas al principio parecen difíciles de entender. Pero Dios nos las aclarará si le pedimos entendimiento. El Espíritu Santo nos guiará y nos ayudará a no cambiar el significado de las Escrituras ni a malinterpretarlas.

A veces, cuando las personas leen la Biblia, no les ayuda. Incluso puede hacerles daño. Las dudas entran en la mente cuando la Palabra de Dios se estudia sin oración. Nuestros pensamientos deben estar fijos en Dios cuando abrimos la Biblia. Debemos estar listos para seguir su guía, porque sin la ayuda de Dios nuestras mentes pueden nublarse con la duda. Entonces el estudio de la Biblia podría conducir a la incredulidad.

Satanás guía los pensamientos cuando las personas no piden la ayuda de Dios mientras estudian la Biblia. Pueden cometer errores al entender las Escrituras por muy bien educados que estén. No es seguro confiar en lo que dicen que significa la Palabra a menos que estén obedeciendo a Dios.

Algunas personas leen la Biblia tratando de encontrar errores. No han entregado su corazón a Dios, así que piensan que encuentran muchas razones para no creer. La duda les dificulta entender verdades que son claras y sencillas.

En la mayoría de los casos, la causa real de la incredulidad es el amor al pecado. Cuando somos orgullosos y amamos el pecado, no damos la bienvenida a las enseñanzas de la Palabra de Dios. Si no estamos dispuestos a obedecer la Palabra de Dios, estamos listos para dudar. Debemos tener un deseo sincero de conocer la verdad y una disposición a obedecerla. Si estudiamos la Biblia con un corazón dispuesto, encontraremos buenas razones para creer que es la Palabra de Dios. Entenderemos las verdades que nos traerán la salvación.

Cristo dijo: «El que esté dispuesto a hacer lo que Dios quiere, sabrá si lo que yo enseño viene de Dios o si hablo por mi propia autoridad» (Juan 7:17). No debemos cuestionar ni hallar faltas en las verdades que no entendemos. Debemos caminar en la luz que ya tenemos, y entonces recibiremos mayor luz. Por la gracia de Cristo debemos cumplir todo deber que se nos haya aclarado. Entonces podremos entender y hacer aquellas cosas que ahora dudamos y cuestionamos.

Todos podemos averiguar si la Palabra de Dios es real y sus promesas son verdaderas cuando estudiamos la Biblia por nosotros mismos y vemos si Dios cumple sus promesas. Dios nos dice: «Prueben y vean lo bueno que es el Señor» (Salmo 34:8). No debemos depender de la palabra de otro, sino comprobarlo por nosotros mismos. Dios dice: «Pidan y recibirán» (Juan 16:24). Él cumplirá sus promesas. Nunca han fallado; nunca pueden fallar. Al acercarnos a Jesús nos regocijamos en su amor maravilloso. Nuestra duda y oscuridad se desvanecerán ante la luz de su presencia.

El apóstol Pablo dice de Dios: «Él nos rescató del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1:13). Cuando hemos aceptado la salvación, podemos decir «que Dios es veraz» (Juan 3:33). Podemos decir: «Necesitaba ayuda, y la encontré en Jesús. Todo lo que necesitaba me fue dado. El hambre de mi corazón fue satisfecha. La Biblia me muestra a Jesucristo. ¿Preguntas por qué creo en Jesús? Porque Él es para mí un Salvador divino. ¿Por qué creo en la Biblia? Porque he descubierto que es la voz de Dios que habla a mi corazón». Podemos saber en nuestros corazones que la Biblia es verdadera y que Cristo es el Hijo de Dios. Podemos saber que no estamos siguiendo ideas falsas y necias.

Pedro dice a sus hermanos que «crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3:18). Cuando el pueblo de Dios crece en la gracia, entenderá su Palabra cada vez mejor. Verán nueva luz y belleza en sus santas verdades. Se ha dado luz y verdad a la iglesia en todas las edades, y se darán hasta el fin del tiempo. «La senda de los justos es como la luz del alba, que va brillando más y más hasta que el día es pleno» (Proverbios 4:18).

Por la fe podemos mirar hacia la vida en el cielo y aferrarnos a la promesa de Dios de que creceremos en entendimiento para siempre. En el cielo nuestros poderes se unirán con los poderes de Dios, y seremos puestos en contacto con Aquel de quien proviene la luz de la verdad.

Podemos estar agradecidos de que en el cielo todas las cosas que ahora no entendemos serán explicadas y aclaradas. Ahora podemos ver solo planes rotos y fracasos, pero entonces veremos el plan perfecto y hermoso de Dios para nuestras vidas. «Lo que ahora vemos es como una imagen borrosa en un espejo; entonces veremos cara a cara. Lo que ahora sé es solo parcial; entonces será completo, tan completo como el conocimiento que Dios tiene de mí» (1 Corintios 13:12).

Capítulo 13: Regocijarse en el Señor

Los hijos de Dios son llamados a representar a Cristo y a mostrar la bondad y la misericordia del Señor. Así como Jesús nos ha mostrado el verdadero carácter del Padre, así nosotros debemos mostrar a Cristo a un mundo que no conoce su amor bondadoso. Jesús oró a su Padre: «Los envíe al mundo, así como tú me enviaste a mí al mundo»; «Yo en ellos y tú en mí, ... para que el mundo conozca que tú me enviaste» (Juan 17:18, 23).

El apóstol Pablo escribió a los discípulos de Jesús: «Ustedes mismos son nuestra carta, ... conocida y leída por todos» (2 Corintios 3:2). Todos los hijos de Cristo son como cartas para el mundo. Si somos seguidores de Cristo, Él nos envía como una carta a nuestra familia. Nos envía a la aldea y a la calle donde vivimos.

Jesús, que vive en nosotros, quiere hablar a los corazones de aquellos que no lo conocen. Quizás ellos no leen la Biblia ni escuchan la voz que les habla en sus páginas. No ven el amor de Dios a través de sus obras. Pero si verdaderamente representamos a Jesús, las personas podrán ser guiadas a través de nosotros para verlo. Podrán comprender algo de su bondad y ser ganadas para amarlo y servirlo.

Los cristianos son portadores de luz en el camino hacia el cielo. Deben dar al mundo la luz que brilla sobre ellos desde Cristo. Sus vidas y caracteres mostrarán a otros cómo es Cristo y qué significa servirlo.

Cuando representamos a Cristo, mostramos a otros que es un placer trabajar para Él. Los cristianos saben que esto es realmente cierto. Los cristianos que se quejan y son infelices dan a otros una idea equivocada de Dios y de la vida cristiana. Hacen que la gente piense que a Dios no le agrada que sus hijos sean felices. Esto es muy lamentable, porque están diciendo algo acerca de su Padre celestial que no es verdad.

Satanás se complace cuando puede llevar a los hijos de Dios a la duda y a la infelicidad. Se deleita en vernos desconfiar de Dios. Quiere que dudemos de la

voluntad y el poder de Dios para salvarnos. Le encanta que sintamos que Dios nos llevará al daño.

Satanás quiere que sintamos que el Señor no tiene piedad de nosotros. Pero él no dice la verdad. Llena nuestras mentes con falsas ideas acerca de Dios. Trata de hacernos pensar en estas ideas erróneas en lugar de la bondad de Dios. Quiere que desconfiemos de Dios y nos quejemos de la manera en que Él nos guía.

Satanás trata de hacer que la vida cristiana parezca oscura y triste. Quiere que parezca difícil y desagradable; y algunos cristianos pueden, por la manera en que actúan, hacer que la gente piense que servir a Dios es difícil. Esto hace que parezca que están de acuerdo con Satanás.

Muchas personas, al caminar por la senda de la vida, piensan y hablan acerca de sus errores. Hablan de cómo han fracasado, y sus corazones se llenan de tristeza. Una mujer que había estado haciendo esto me escribió mientras yo estaba en Europa. Estaba muy infeliz y me pidió algunas palabras de esperanza. La noche después de leer su carta, soñé que estaba en un jardín. La persona que parecía ser el dueño del jardín me guiaba por sus senderos.

Yo estaba recogiendo las flores y disfrutando de su dulce fragancia. Entonces esta mujer, que había estado caminando a mi lado, me llamó para que mirara las feas espinas que estaban en su camino. Allí estaba ella, llorando tristemente. No caminaba por el sendero ni seguía al guía, sino que caminaba entre las espinas.

«¡Oh!», exclamó, «¡qué lástima que este hermoso jardín esté arruinado con espinas!».

Entonces el guía dijo: «Deja las espinas, porque solo te herirán. Recoge las rosas, los lirios y los claveles».

Debemos pensar en los buenos momentos de nuestras vidas. ¿Hemos tenido horas preciosas en las que nuestros corazones se llenaron de gozo cuando el Espíritu de Dios nos habló? Cuando miramos hacia atrás en nuestras vidas, ¿vemos muchos tiempos agradables? ¿Son las promesas de Dios como las dulces

flores que crecen junto a nuestro camino? ¿Podemos dejar que su belleza y dulzura llenen nuestros corazones de gozo?

Las espinas solo nos herirán y nos entristecerán. Si recogemos espinas y se las damos a otras personas, nos estamos apartando de la bondad de Dios. Estamos impidiendo que la gente que nos rodea camine por la senda de la vida.

No debemos tratar de recordar todas las cosas desagradables que nos han sucedido en el pasado. No debemos hablar de nuestros pecados y entristecernos por ellos. Pronto seríamos vencidos y sentiríamos que no tenemos esperanza. Una persona sin esperanza solo ve oscuridad. Está excluyendo de sí misma la luz de Dios y arrojando una sombra sobre el camino de los demás.

Podemos dar gracias a Dios por los cuadros brillantes que Él nos presenta. Reunamos las maravillosas promesas de Dios para que podamos contemplarlas a menudo. El Hijo de Dios dejó el trono de su Padre y cubrió su naturaleza divina con carne humana. Se hizo hombre para poder salvar a las personas del poder de Satanás. Ganó la batalla contra el mal por nosotros y abrió el cielo para mostrarnos su gloria.

Estudiemos cómo las personas son levantadas del foso del pecado. Aprendamos cómo son traídas nuevamente cerca de Dios. Imagina en tu mente cómo nosotros, por medio de la fe en nuestro Redentor, somos vestidos con la justicia de Cristo. Somos elevados por la fe hasta su trono. Dios quiere que pensemos en todas estas cosas.

No honramos a Dios y entristecemos a su Santo Espíritu cuando parecemos dudar del amor de Dios y de sus promesas. ¿Cómo se sentiría una madre si sus hijos siempre hablaran en contra de ella? ¿Cómo se sentiría si actuaran como si ella quisiera que sufrieran? Todo el trabajo de su vida ha sido traerles consuelo. Le quebrantaría el corazón si dudaran de su amor. ¿Cómo se sentirían los padres si fueran tratados de esta manera por sus hijos?

¿Qué puede pensar nuestro Padre celestial de nosotros si no confiamos en su amor? Este amor lo ha llevado a dar a su propio Hijo para que nosotros pudiéramos tener vida. El apóstol escribió: «El que no escatimó ni a su propio

Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también con Él todas las cosas?» (Romanos 8:32). Y sin embargo, cuántas personas por sus actos, si no por sus palabras, se apartan de su amor. Dicen: «El Señor no quiere decir esto para mí. Quizás ama a otros, pero no me ama a mí».

Estos pensamientos son dañinos, porque cada palabra de duda invita a Satanás a tentarnos. Nuestras propias dudas se fortalecen, y apartamos de nosotros a los santos ángeles. No debemos hablar ninguna palabra de duda cuando Satanás nos tienta. Si elegimos abrirle la puerta, nuestras mentes se llenarán de dudas y preguntas. Hablar de manera dudosa no solo es malo para nosotros, sino que siembra una semilla que crecerá y dará fruto en la vida de otros. Puede ser imposible detener la influencia de nuestras palabras.

Nosotros mismos podemos ser capaces de apartarnos del tiempo de duda y del liderazgo de Satanás. Pero otros que nos han escuchado y creído pueden no ser capaces de olvidar nuestras palabras. ¡Cuán importante es que hablemos solamente aquellas cosas que darán fuerza espiritual y vida!

Los ángeles están escuchando para oír qué clase de informe estamos dando al mundo acerca de nuestro Maestro celestial. Que nuestros pensamientos y palabras sean de Aquel que está delante de su Padre. Cuando tomemos la mano de un amigo, que la alabanza a Dios esté en nuestros labios y en nuestros corazones. Esto dirigirá los pensamientos de nuestro amigo hacia Jesús.

Todos tenemos pruebas, tristezas y tentaciones. No debemos contar nuestros problemas a la gente, sino llevar todo a Dios en oración. Debemos establecer como regla nunca hablar una palabra de duda. Podemos hacer mucho para alegrar la vida de los demás. Nuestras palabras de esperanza y santo ánimo los fortalecerán.

Satanás está tentando a muchas personas valientes a hacer lo malo. Están casi a punto de desfallecer en la batalla contra el yo y los poderes del mal. No debemos hacer más difícil la situación de tales personas. Podemos animarlas con palabras valientes y esperanzadoras que las ayudarán en el camino. Así la luz de Cristo brilla desde nosotros. «Ninguno de nosotros vive para sí mismo»

(Romanos 14:7). Podemos estar ayudando a otros con nuestras palabras y actos sin saberlo. O podemos estar haciendo que las personas pierdan la esperanza y se aparten de Cristo y de la verdad.

Muchas personas tienen una idea equivocada de la vida y el carácter de Cristo. No piensan que Él fuera amigable y feliz. Piensan que era frío, severo y sin alegría. Dejan que esta idea de Cristo oscurezca sus vidas.

A menudo se dice que Jesús derramó lágrimas pero nunca sonrió. Nuestro Salvador fue ciertamente un Varón de dolores. Conocía lo que era la tristeza, porque abrió su corazón a todas las tristezas del pueblo. Su vida estaba sombreada por el dolor y las preocupaciones, pero su espíritu nunca fue quebrantado. Su rostro llevaba una expresión de paz y gozo. La felicidad fluía de su corazón. Dondequiera que iba, traía descanso y paz, gozo y alegría.

Nuestro Salvador era profundamente reflexivo pero nunca hosco. Las vidas de aquellos que lo siguen serán como la suya. Los seguidores de Cristo saben que tienen una gran obra que hacer por Él. No serán necios, groseros ni ruidosos. No repetirán chistes vulgares. La fe de Jesús les dará una paz que fluirá como un río. Su paz hará brillar la luz del gozo. Traerá verdadera felicidad, alegría y sonrisas. Cristo no vino para ser servido. Vino para ayudar a las personas. Cuando su amor está en nuestro corazón, seguiremos su ejemplo.

Si seguimos pensando en los actos crueles e injustos de otras personas, no podremos amarlas como Cristo nos ama. Pero si pensamos en el maravilloso amor y la compasión de Cristo por nosotros, este mismo espíritu fluirá hacia los demás. Debemos amarnos y respetarnos unos a otros aunque no podamos evitar ver sus faltas. Debemos ser humildes y no confiar en nosotros mismos. Si somos pacientes con las faltas de los demás, llegaremos a ser menos egoístas y más bondadosos y generosos.

David escribió: «Confía en el Señor y haz el bien; habita en la tierra y mantente seguro» (Salmo 37:3).

«Confía en el Señor». Cada día tiene sus preocupaciones y problemas. Cuando nos encontramos con nuestros amigos, estamos listos para hablar de nuestras

dificultades. Hablamos y nos preocupamos porque tememos que vengan tiempos difíciles. Uno podría pensar que no tuviéramos un Salvador compasivo y amoroso esperando escuchar nuestras oraciones. No hablamos como si Él estuviera listo para ayudarnos en todo momento de necesidad.

Algunas personas están siempre temerosas y esperando problemas. Cada día el amor de Dios las rodea, pero no ven sus bendiciones. Sus mentes están llenas de miedo por algo desagradable que podría venir, o se preocupan por algún problema pequeño y real que tienen.

La preocupación les impide ver muchas cosas por las cuales podrían estar agradecidas. Los problemas deberían hacerlas recurrir a Dios, que es su Ayudador. En cambio, permiten que las experiencias difíciles las separen de Él.

¿Debemos dudar de Dios? ¿Debemos desconfiar de Él? Jesús es nuestro amigo. Todo el cielo está interesado en lo que nos sucede. No debemos dejar que nuestras preocupaciones diarias nos asusten. Si lo hacemos, siempre tendremos algo que nos haga infelices. La preocupación no nos ayuda a soportar nuestras pruebas.

Podemos estar preocupados por nuestros negocios. El futuro se ve cada vez más oscuro. Tememos perder lo que tenemos. Pero no debemos perder la esperanza. Podemos depositar todas nuestras preocupaciones en Dios. Podemos pedirle que nos muestre cómo cuidar de nuestros negocios para no sufrir pérdidas. Entonces debemos hacer todo lo que podamos para lograr los mejores resultados. Jesús ha prometido su ayuda, pero espera que hagamos lo que podamos. Cuando hayamos hecho todo lo que podemos con la ayuda de Dios, podemos aceptar los resultados con alegría.

Dios no quiere que su pueblo esté agobiado por la preocupación. Pero nuestro Señor no trata de engañarnos. No nos dice: «No temas; no hay peligros en tu camino». Él sabe que hay problemas y peligros, y nos lo dice. No dice que sacará a su pueblo de este mundo de pecado y maldad, pero nos señala un lugar de seguridad que nunca falla.

La oración de Jesús por sus discípulos fue: «No te pido que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno» (Juan 17:15). Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

En su sermón del monte, Cristo enseñó a sus discípulos lecciones preciosas sobre su necesidad de confiar en Dios. Estas lecciones también debían ayudar a todos los hijos de Dios. Han llegado hasta nuestro tiempo para traernos ayuda y consuelo.

El Salvador habló de las aves del cielo. Dijo que las aves cantan sus alabanzas sin preocuparse por sus necesidades. «No siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta». El Salvador preguntó: «¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mateo 6:26).

El gran Padre abre sus manos y da lo suficiente para las necesidades de todas sus criaturas. Las aves del cielo están siempre en sus pensamientos. No les deja caer la comida en el pico, pero provee para todas sus necesidades. Deben recoger el grano que Él ha esparcido para ellas. Deben encontrar lo que necesitan para construir sus nidos y alimentar a sus crías.

Las aves cantan mientras buscan su alimento. Cantan porque nuestro «Padre celestial las alimenta». ¿No valemos nosotros, que podemos adorar a Dios, más que las aves del cielo? ¿No nos cuidará también nuestro Creador, Aquel que nos mantiene con vida? El que nos hizo nos dará todo lo que necesitemos si confiamos en Él.

Cristo habló de las flores del campo. El Padre celestial hizo las hermosas flores para mostrar su amor a sus hijos terrenales. Cristo dijo: «Mirad cómo crecen los lirios del campo». La sencilla belleza de estas flores silvestres era más atractiva que los espléndidos ropajes del rey Salomón. Las ropas más hermosas que las personas puedan hacer no pueden compararse con la gracia y la belleza radiante de las flores de la creación de Dios.

Jesús dijo: «Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?» (Mateo 6:30).

Dios, el divino Artista, da a las sencillas flores sus muchos colores. Algunas de estas flores viven solo un día, y sin embargo Él las hace hermosas y perfectas. ¡Cuánto mayor cuidado tendrá por las personas que ha creado a su propia imagen! Cristo nos dio esta lección para enseñarnos a no preocuparnos. No debemos dudar ni perder nuestra fe.

El Señor quiere que todos sus hijos e hijas sean felices y tengan paz. Quiere que confíen y obedezcan. Jesús dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». «Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (Juan 14:27; 15:11).

La felicidad que se obtiene del egoísmo pronto pasa. Esta felicidad deja a la persona sola y llena de tristeza. Pero hay un gozo real y duradero en el servicio de Dios. Los cristianos tienen un Guía que los conduce. No necesitan entristecerse por las cosas que han hecho. Pueden perder algunos placeres en este mundo, pero pueden ser felices al pensar en los gozos que tendrán en el cielo.

Incluso en este mundo, los cristianos tienen el gozo de saber que pueden caminar y hablar con Cristo. Pueden tener la luz de su amor y el consuelo de saber que Él está con ellos. Cada paso en la vida puede acercarlos más a Jesús y hacerles conocer más de su amor. Cada paso puede acercarlos más al bendito hogar de paz.

Entonces, aferrémonos a nuestra fe en Dios. Tengamos una esperanza más fuerte que nunca. «Hasta aquí nos ha ayudado el Señor» (1 Samuel 7:12), y Él nos ayudará hasta el fin.

Recordemos lo que el Señor ha hecho para consolarnos y para salvarnos de Satanás, nuestro enemigo. Mantengamos frescas en nuestras mentes todas las tiernas misericordias que Dios nos ha mostrado. Piensa en las lágrimas que Él ha enjugado y en el dolor que nos ha ayudado a soportar. Ha quitado nuestros temores y preocupaciones y nos ha dado todo lo que necesitamos. Estas bendiciones de Dios deben fortalecernos para soportar las pruebas durante el resto de nuestra jornada terrenal.

No podemos evitar pensar en las pruebas y tentaciones que enfrentaremos antes del fin del mundo. Pero podemos mirar hacia atrás tanto como hacia adelante y decir: «El Señor nos ha ayudado en todo el camino». «Tus fuerzas serán como la medida de tus días» (Deuteronomio 33:25, RSV). Las pruebas no serán mayores que la fuerza que Dios nos dará. Así que retomemos nuestra obra donde la encontremos, creyendo que seremos lo suficientemente fuertes para enfrentar todo lo que venga.

Algún día las puertas del cielo serán abiertas de par en par para dar la bienvenida a los hijos de Dios. De los labios del Rey de gloria caerá una bendición como música rica: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mateo 25:34).

Los redimidos serán recibidos en el hogar que Jesús está preparando para ellos. En el cielo no habrá personas malvadas. Los amigos de los redimidos serán personas que han vencido a Satanás mediante la gracia divina y han formado caracteres perfectos. Todo deseo de pecar habrá sido eliminado por la sangre de Cristo. Los redimidos resplandecerán con la gloria de Cristo, que es mucho más brillante que el sol.

Y lo que es más, la belleza de su carácter también resplandecerá a través de ellos. Estarán sin falta delante de Dios y tendrán las mismas bendiciones que los ángeles.

Un hermoso hogar celestial está preparado para los redimidos. «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?» (Mateo 16:26). Una persona puede ser pobre ahora, pero en el don de la vida eterna posee una riqueza mayor de la que el mundo jamás puede dar. Una persona redimida por Jesús, limpiada de todo pecado y que sirve a Dios, vale más que el mundo entero. Hay gozo en el cielo delante de Dios por cada persona que es redimida. Este gozo hace que los ángeles celestiales canten santos cantos de victoria.